

RESEÑAS

HECTOR NERI CASTAÑEDA, *The Structure of Morality*, Springfield, Illinois: Charles C. Thomas, 1974; X + 239 pp.

1. Según el "Prefacio", este libro, que agrupa varios ensayos ya publicados por el autor, tiene como propósito poner de relieve "la estructura básica" de la moral en todo "el esplendor de su complejidad". Se entiende por "la institución de la moral" aquello que se halla aludido por el adverbio en, por ejemplo, "X se halla comprometido moralmente a realizar la acción Y". Dado que el significado de este adverbio se halla inscrito en el contexto provisto por el significado de otros adverbios, de ciertos verbos y de los adjetivos que modifica, su elucidación depende en gran parte de la elucidación del significado de aquellas partes del lenguaje en el que queda inserto, además de requerir un estudio de las relaciones entre todas esas partes del lenguaje. En consecuencia, prosigue Castañeda, el estudio de la estructura fundamental de la moral se divide en dos partes, a saber, de un lado, un estudio del significado de los esquemas proposicionales de la forma a) "X debe₁ hacer Y", y, de otro, un estudio de lo que el adverbio "moralmente" contribuye a la especificación del sufijo del verbo "deber" en a). A continuación, resumimos algunas de las discusiones de Castañeda.

2. Las palabras "moral" y "moralmente" se entienden en un sentido descriptivo, y no clasificatoriamente, como sería el caso con, por ejemplo, la frase: "La moral de la clase obrera . . .". Así, resulta que carecen de contrarios, es decir, por ejemplo, un código de conducta o un deber son, ya morales, ya amorales, pero no inmorales. Naturalmente, un deber puede ser clasificado de inmoral, pero esto sólo sería indicio de que se usa la palabra "moral" evaluativamente, no en sentido descriptivo. Dentro de la dimensión provista por este enfoque del significado del adverbio en cuestión, a nuestro autor le interesa poner de manifiesto la estructura general de los códigos morales.

3. El análisis de la estructura de la moral incluye el de la estructura de los códigos de conducta; de manera que lo primero exige un estudio de las relaciones que se dan entre las reglas, los imperativos y los postulados de cualquier código de conducta válido para un dominio de sujetos.

4. A pesar de que un análisis de la moral según se esboza en 2 exige un análisis de la estructura lógica de los códigos de conducta, según se esboza en 3, Castañeda intenta realizar lo uno independientemente de lo otro. La primera parte del libro trata la estructura lógica general de todos los códigos de conducta (morales o no), y ofrece un fundamento al estudio que se presenta en la segunda parte. Pero, en sus palabras, ésta última ha sido redactada de tal suerte que puede ser entendida sin necesidad de la primera.

5. Los deberes (*duties*) morales pertenecen a una jerarquía más alta que la de los deberes no morales. Esto, sin embargo, no significa que los deberes morales gozan de privilegio exclusivo sobre todos los demás deberes, pues existen deberes no morales privilegiados (*overriding duties*), que vienen a ser deberes (*oughts*) que disponen de tal suerte de las facultades rectoras de un sujeto específico que lo lanzan a realizar determinadas acciones.

6. Los juicios deónticos y normativos gozan de una naturaleza mixta: son proposiciones pero además expresan cierto contenido práctico. Esta mezcla se halla a la base de la íntima relación que se da entre la racionalidad y la actividad. Así, por ejemplo, si se considera que el esquema "X haz Y" abrevia la oración "Es obligatorio que X haga Y", y además se entiende que este tipo de esquema ejemplifica los juicios deónticos, entonces resulta que éstos, además de ser proposiciones, se hallan basados en acciones, es decir, dan voz a un noema (i.e., un contenido de conciencia), y, además, son funciones de los operadores normativos, como por ejemplo, es obligatorio permisible o correcto, etc.

7. Los mandatos sostienen entre sí relaciones que semejan las relaciones verifuncionales que se dan entre las oraciones que pueden ser ciertas o falsas, y Castañeda esboza el lenguaje de las órdenes de acuerdo al cálculo de las proposiciones y de acuerdo a la lógica funcional de primer orden, con el propósito de sistematizar la red de relaciones implicativas entre estas oraciones.

8. Algunos imperativos hipotéticos son sintéticos. La discusión de este tema se lleva a cabo desde la perspectiva de Kant, Hare y Poincaré.

9. La moral no sólo tiene un rol normativo en la sociedad, sino que, además de servir de base para criticar las instituciones existentes, se puede corregir a sí misma (i.e., le es esencial el ideal de progreso). Castañeda distingue tres dimensiones de ésta:

- a. La dimensión ética: provee la solución a los conflictos entre las exigencias no morales. En esta dimensión se hallan inscritos los códigos morales.

- b. La dimensión metaética: provee la solución a los posibles conflictos entre un código moral específico y el ideal de la moralidad, y sirve de base para revisar y/o revolucionar la moral.
- c. La dimensión euérgica: provee las pautas para la solución de los posibles conflictos personales de un sujeto en particular.

Carlos H. Soto

ARNOLD METZGER *Freedom and Death*, Trad. por R. Manheim, Londres: Chaucer Publishing Co., 1973. 293pp.

Esta versión inglesa, ligeramente abreviada y revisada, de *Freiheit und Tod* corresponde a las dos ediciones alemanas de 1955 (Niemeyer, Tübingen) y 1972 (Rombach, Freiburg); aparece en la serie *Human Context Books* de la revista *The Human Context* (ed. P. Senft) de Londres que se dedica a la exploración de las presuposiciones filosóficas y metodológicas de las ciencias del hombre (psicología, sociología, antropología).¹ De hecho, ya se han publicado ciertas partes del libro anteriormente en dicha revista.²

El autor, nacido en 1892, estudió bajo R. Eucken en Jena donde hizo su tesis doctoral sobre *Fenomenología y Kantianismo*;³ entre 1920 y 1924, fue asistente de Husserl en Friburgo, y éste publicó, en una edición especial de su revista, un libro de Metzger sobre el *Objeto del Conocimiento*.⁴ En 1938, el autor emigró a Francia, después a Inglaterra y Estados Unidos, donde enseñó en Yale, Harvard y Columbia; de este período data su libro *Fenomenología y Metafísica*, ya reseñado por mí⁵ con ocasión de su segunda edición alemana. Después de su regreso a Alemania, Metzger obtuvo una cátedra de Filosofía en la Universidad de Munich donde sigue enseñando actualmente como profesor emérito. Aparte de *Freiheit und Tod*,

¹ Libros ya aparecidos en esta serie: J.B.O'Malley, *Sociology of Meaning*; P.Walton/S.Hall (eds.), *Situating Marx*; R.Balbernie, *Residential Work With Children*.

² Una primera versión inglesa del segundo capítulo (*The Countermove*, p.15-53 de la nueva edición) apareció en *Review of Metaphysics* en septiembre de 1950.

³ *Zur Frage der Differenz der Phänomenologie und des Kantianismus*, 1915 (agotado).

⁴ *Der Gegenstand der Erkenntnis* en *Jahrbuch für Phänomenologie*, 1925 (agotado).

⁵ *Phänomenologie und Metaphysik*, Halle 1931 (agotado), Pfullingen 1966. Comp. *Diálogos*, 8, 1965.

aparecieron, entre 1964 y 1968, cuatro libros más⁶ cuyo contenido, tanto fenomenológico como metafísico, parece indicar una vuelta de la teoría a la "Praxis de la existencia social". Mientras que el prefacio a la primera edición del libro que reseño sitúa el problema de libertad y muerte dentro del horizonte de la fenomenología, la metafísica occidental y la filosofía de la existencia, el prefacio a la segunda edición (y a la versión inglesa) destaca más el alcance social de dicha problemática;⁷ el autor sigue sosteniendo, sin embargo, que la tarea de su generación es "la re-formulación de la pregunta por la revelación de lo eterno en el universo" — de ahí su concepto clave de "trascendencia interior" — pregunta vestida en la forma de la pregunta por el ser del ente humano. Es, por eso, dentro de este horizonte clásico de la oposición de lo uno y lo múltiple, del fundamento (*Grund*) y lo fundado (*gegründet*), que el autor se encamina hacia su análisis de la contraposición de libertad y muerte.

Este análisis fenomenológico aborda (a) las expresiones de la voluntad de duración, a saber la percepción, la asociación, el recuerdo,⁸ (b) el proceso del morir humano,⁹ contrastando con (c) la interpretación ontológica de la muerte (que "poder destructivo de lo uno" y "paradigma de la identidad del ser y del no-ser")¹⁰ y (d) con un estudio de los "modos de la libertad" cuya "me-ontología" obliga al autor a tomar posición frente a los problemas clásicos del determinismo e indeterminismo, del libre albedrío, etc.¹¹ Aparte de estos análisis que definen la posición del autor frente a Husserl, Merleau-Ponty (en *a*), Heráclito, Platón, Schopenhauer (en *b* y *c*), Nietzsche, Freud, Leibniz, Einstein (en *d*), el libro contiene un estudio sobre la "historia del ser o de lo permanente"¹² que, partiendo del *Filebo* de Platón, pretende dar una explicación

⁶*Dämonie und Transzendenz* 1964, *Automation und Autonomie* 1964, *Der Einzelne und der Einsame* bajo el título *La pregunta fenomenológica por la esencia del hombre*.

⁷A esa perspectiva pertenece un trabajo no publicado de Metzger sobre la fenomenología de la revolución; actualmente el autor trabaja en dos libros: *Historia e introducción sistemática de la fenomenología* y *El pragmatismo americano y la metafísica alemana*.

⁸Cap. 2 (p. 15-53) *The Answer to Death: The Countermove*.

⁹Cap. 1 (p.1-15) *Introductory Considerations on Death*. También el cap.4 (*Freedom and Death*), el párrafo *Studies on Dying and Death* (p.126-154).

¹⁰En el párrafo *Death and Freedom* (p.155-181) del cap. 4.

¹¹Cap. 4 los párrafos *The Meontology of Freedom* y *On The Modes of Freedom* (p.182-195) con los apéndices *Drives and Free Will*, *On the Free and Unfree Will*, *On the Free Will and Human Martyrdom*, *On the Types of Freedom* (p. 126-154)

¹² Cap. 3, *On the History of the Concept of Being, or of the Permanent* (p.54-116).

exhaustiva de la doctrina kantiana de la apercepción trascendental, como ejemplo de la excentricidad (moderna) de lo permanente. Este hecho, — el de ubicar la “tanatología” moderna (frente a la antigua) en una discusión con Kant (más concretamente con la categoría de la unidad de lo múltiple en su teoría del sujeto) — vincula el libro de Metzger con el de Fink¹³ cuya investigación sobre la incapacidad de la metafísica para aceptar y captar el hecho del no-ser absoluto culmina también en una discusión con Kant (más concretamente: con el postulado de la “omnitudo realitatis”, del “ideal trascendental”, como expresión máxima de la metafísica de la muerte);¹⁴ creo que ambos autores coinciden en constatar la mencionada incapacidad (extendida también a los análisis de *Ser y Tiempo*)¹⁵ de la metafísica tradicional y de la teología,¹⁶ mientras que el optimismo cauteloso de Metzger, respecto del poder infinito de la voluntad frente al poder transfinito de la muerte, no podría conciliarse con la actitud decididamente postmetafísica de Fink quien, al final, capitula ante el problema, aun al recurrir al último resto metafísico de su pensamiento, la teoría del juego, derivada de Huizinga y Nietzsche.¹⁷ El interés predominantemente antropológico de Metzger hace que su libro se distinga también de enfoques que incluyen las perspectivas biológicas, etnológicas y físicas¹⁸ del tema de la muerte, como también lo hace renunciar a una investigación estrictamente sociológica;¹⁹ falta, por ejemplo, una discusión del tema de “la muerte del otro” cuya diferencia frente a la “muerte en primera persona” fue subrayada recientemente por V. Jankélevitch;²⁰ con éste, sin embargo, comparte Metzger la orientación metaempírica y la aclaración del fenómeno de la muerte por referencias a las diferentes formas de

¹³ *Metaphysik und Tod*, Stuttgart 1969.

¹⁴ *Ibidem*, parte II (*Metaphysik des Vergehens*) p.59-88. En el libro de Metzger, la discusión con Kant (p.61-93) es seguida por un capítulo sobre el diálogo entre Kant y Hume (como primera fase de la investigación del concepto de la voluntad libre) p.94-116. Fink, a su vez, interpreta, después de la discusión con Kant, las teorías del perecer en Aristóteles (p.89-138), Leibniz (p. 139-148) y Hegel (p.149-178).

¹⁵ La crítica de Metzger se encuentra en una digresión del cap. 4: *On the Problem of the Encounter With Death in Recent Existential Metaphysics* p.161-168.

¹⁶ Comp. P. Landsberg *L'expérience de la mort.*, París 1933, M.F. Sciacca *Morte e immortalità*, Milano² 1962, K. Rahner *Zur Theologie des Todes*, Friburgo 1958, L. Boros *Mysterium Mortis*, Friburgo 1962.

¹⁷ *Op. cit.* cap. 19, p.189-199.

¹⁸ Comp. Ferrater Mora, *El ser y la muerte*, Madrid 1962, E. Morin, *L'homme et la morte*, París² 1970.

¹⁹ Comp. W. Fuchs, *Todesbilder in der modernen Gesellschaft*, Frankfurt 1969.

²⁰ *La morte*, París 1966

temporalidad. Este último aspecto, abordado por Jankélevitch en sus análisis psicológicos sobre la “penúltimidad” y “primúltimidad” de la muerte,²¹ es tratado por Metzger en sus estudios sobre “Recuerdo de la muerte” y “Encuentro con la muerte”,²² o sea sobre la estructura temporal de la “nihilización”²³ como “símbolo” (= formalización “sindesmótica” de lo uno)²⁴ de lo atemporal; quede dicho, sin embargo, que dentro de ese enfoque — tiempo y muerte — la orientación de Jankélevitch es más *kairo*-lógica que *crono*-lógica,²⁵ mientras que Metzger interpreta la exterritorialidad y repentinidad del instante de la muerte a partir de los conceptos clásicos del “ahora” en Platón y Aristóteles, Hegel y Heidegger; dentro de esa perspectiva, Metzger se acerca, más de lo que quiere conceder, a la constelación nietzscheana de tiempo y muerte.²⁶

Formalmente, el autor, correspondiendo a la inaccesibilidad del ahora atemporal de la muerte, ha escogido como método de análisis un tipo circular-espiral de investigación que implica una reiteración de las mismas reflexiones en niveles cada vez más profundizantes; tal “camino de busca” ha sido usado y descrito también por R. Berlinger, cuyo libro sobre la nada y la muerte²⁷ figura entre los estudios más impresionantes acerca de la ontología de la muerte, culminando también en una metafísica de la libertad. Se trata de un tipo “rodeante” del pensar²⁸ que se acerca al no-concepto (*Unbegriff*) alejándose de él, que retrocediendo encircula el fenómeno en cuestión, articulando sus aspectos antinómicos y paradójicos como “caracteres apofánticos” de algo inarticulable; en el fondo es el procedimiento del Cusano — el fracaso del medir humano ante la medida inmedible, interpretado como “conocimiento” indirecto de lo incognoscible — el que sirve de modelo a tal pensar-en-caída (*Untergehendes Denken*) que es gobernado por un incurable “pathos anamnésico”.²⁹ En el libro de Metzger, el tema se presenta, por ende, en cuatro niveles (a los cuales corresponden los cuatro capítulos mencionados) que, para abreviar y simplificar, podríamos

²¹ Op. cit. parte II (*La mort dans l'instant mortel*) cap. 3 (*L'irreversible*), especialmente los párrafos 5, 6, 7, 8 p.271-291).

²² Metzger, op.cit., p.129ss, y p.155-181.

²³ Comp. Metzger, op. cit., p.155ss. con Jankélevitch, op. cit., p.365-405.

²⁴ Metzger, op. cit., p.168-178.

²⁵ Los fundamentos de este pensamiento en V. Jankélevitch, *Le je-ne-sais-quoi et le presque-rien*, Paris 1957.

²⁶ Comp. P. Boudot, *L'ontologie de Nietzsche*, Paris 1971, cap. V, *La rencontre de la mort*.

²⁷ *Das Nichts und der Tod*, Frankfurt 1954.

²⁸ Op. cit. p.12ss. *Das umgehende Denken*.

²⁹ Comp. mi artículo *Epifanía y anamnesis en Diálogos* 11, 1968.

identificar como (a) antropológico, (b) gnoseológico, (c) ontológico y (d) transfísico. En cada nivel, la investigación sistemática gana perfil por las interpretaciones históricas de las teorías cumbre de Occidente respecto de la oposición de libertad y muerte.³⁰

El carácter sumamente concentrado de los estudios que presenta Metzger es un obstáculo insuperable para todo intento de resumirlos en detalle, y más aun, para una crítica congenial; Heidegger ha reconocido este libro como el más profundamente meditado que se ha publicado sobre este tema en nuestra época (al lado de *Ser y Tiempo*, se sobreentiende), y G. Günther cree que es imposible que en la problemática de la muerte pueda haber un avance sustancial sobre lo expuesto por Metzger. No sólo Husserl admiró en Metzger una rara potencia sistemática, una perspicacia inusitada, un apasionado adentrarse en los problemas más difíciles, sino que en sentido semejante se han expresado E. Spranger, W. Jaeger y E. Bloch. Aunque Metzger es uno de una serie de pensadores que en nuestro siglo, se han enfrentado al tema,³¹ creo, no obstante, que se trata de un pensador autóctono que se compenetra con el objeto de su estudio de una manera "sobre-histórica"; la aparición en inglés de su libro más importante significa un reconocimiento merecido del rango filosófico de Metzger.

Manfred Kerkhoff

JOSEP LL. BLASCO, *Lenguaje, Filosofía y Conocimiento*, Barcelona; Ariel (Colección Zetein), 1973, 217pp.

El tema de este libro es "la filosofía analítica del lenguaje ordinario" (p.9). Se intenta "exponer y clasificar bajo unos epígrafes (es decir: como respuesta a determinados problemas) distintas investigaciones de distintos autores" (p.12). Blasco, sin embargo, no se limita a una tarea descriptiva, sino que anuncia *mediis in rebus* su propósito "de aventurar una construcción sistemática de lo que podría llamarse una teoría wittgensteiniana del lenguaje" (p.109), siendo esto último lo que explica la estructura del libro. Su centro, en efecto, lo constituye el capítulo tercero ("Teoría del Lenguaje")

³⁰Para una historia de estas teorías comp. J. Choron, *Death and Western Thought*, New York, 1963.

³¹Las obras correspondientes de Simmel, Scheler, Jaspers, Sartre, Camus.

donde lo que interesa básicamente son las *Investigaciones Filosóficas*. Para llegar a ellas se estima necesario recorrer un camino previo y esta decisión es sin duda acertada, pues los antecedentes de la filosofía analítica son aún poco conocidos en el mundo de habla española.

El análisis del lenguaje ordinario es enfocado como una reacción frente a lo que Blasco llama "el análisis clásico". Este es expuesto mediante breve reseña de las posiciones de G. E. Moore (como antecedente directo de este estilo filosófico), de Russell (como oponente directo de este método de filosofar) y del *Tractatus* (como blanco directo de algunas críticas de las *Investigaciones*).

A continuación se expone "la teoría del significado", mencionando ingredientes que proceden de Frege, Carnap, Russell y C. I. Lewis, pero separando el tratamiento de la "significación denotativa" de lo que posteriormente se expone como "la teoría de la connotación o intención". Esta última es presentada como algo diferente, como una solución a los problemas y dificultades que plantea la denotación (cf.p.56). Luego de una alusión a la explicación del significado mediante recurso "a procesos mentales, bien sea engramas conductistas, bien sean imágenes o pensamientos" (p.65), se confiere a todas las posiciones anteriormente señaladas el rótulo de "semánticas cosistas": "Todas han entendido los significados como cosas" (p.67).

Bajo el lema "uso versus significado" se recorren las conocidas críticas a dicha semántica elaboradas por los analistas del lenguaje ordinario, comenzando por la tesis de que no sería posible una ciencia del significado puesto que no habría una estructura unitaria del significar. Lo común a los filósofos analíticos es el renunciar a ver el problema del significado como la relación entre una palabra y una cosa para concentrar la atención en la actividad que realizamos cuando utilizamos una expresión: desde una perspectiva pragmática (p.74) se resuelven las dificultades que habrían dejado abiertas las posiciones denotacionistas y connotacionistas. Ante las primeras se reproducen básicamente los argumentos de Strawson ("On Referring"), contra las segundas los de Ryle ("The Theory of Meaning"). Pero la actividad lingüística es una actividad sometida a reglas y el modo como éstas sean concebidas es sin duda el punto neurálgico para la corriente filosófica en discusión. Según Blasco, habría en Wittgenstein un conflicto inicial entre una concepción de las reglas como generalizaciones a partir del aprendizaje y una que ve en ellas una estructura a priori à la Chomsky. Ante esta disyuntiva Blasco promete probar que "Wittgenstein se va decantando progresivamente hacia el modelo más apriórico" (p.120). En este momento, sin

embargo, cuando más cabía esperar de nuestro autor, la argumentación es particularmente breve y poco persuasiva, pues aparte de dos sucintas referencias a *Ph.U.202* y *Ph.U.208* para mostrar que las reglas son estructuras objetivas y que no son generalizaciones empíricas, se pasa directamente a una doxografía de Ryle, Hare y Strawson (pp.119-120).

El penúltimo capítulo — sobre las tareas y el método de la filosofía — permite vislumbrar mejor que cualquier otro ciertas vacilaciones del autor: se sostiene, como es natural, que para la corriente filosófica que se ha puesto bajo el microscopio la filosofía es una tarea que consiste no tanto en resolver los problemas como en *disolverlos*, cumpliendo así una función terapéutica; se pone sin embargo la máxima atención para encontrar en ella indicios de intenciones constructivas. Concretamente en el caso de Wittgenstein se señalan dos pasajes que “abren las puertas a construcciones explicativas” (p.177), se reconoce empero que en rigor el autor de las *Investigaciones* “no ha habilitado un método adecuado a tal investigación” (*ibid.*); más adelante sin embargo se afirma que se ha tratado de probar que “Wittgenstein ofrece una visión constructiva de la filosofía” (p.202). Esto está en consonancia con el interesante y breve pasaje (pp.193-194) en que Blasco toma posición frente a virtudes y vicios del enfoque de Wittgenstein.

Aparte de la tendencia general de libros de este tipo a dedicar más espacio a doxografía que a la discusión de problemas delimitados y precisos, quiero señalar como un defecto importante el tratamiento inadecuado del pensamiento de Frege. Tanto el *Tractatus* como las *Investigaciones* muestran huellas de ese pensamiento y la filosofía analítica en conjunto le debe su enfoque general más al matemático de Jena que a cualquier otro pensador (cf. M. Dummett, *Frege. Philosophy of Language*, London: Duckworth, 1973). El hecho de separar el tratamiento de la denotación del tratamiento del sentido hace perder de vista que no se trata de doctrinas distintas, sino de una distinción propuesta por Frege precisamente para explicar las paradojas que surgen *en el lenguaje ordinario* cuando tenemos un nombre con sentido y sin denotación. Para evitar esta anomalía *dentro del lenguaje artificial*, Frege adopta una función que garantiza que no habrá nombres sin denotación. Russell, en cuyo artículo “On Denoting” parece apoyarse Blasco, creyó por el contrario que Frege pensaba que todo nombre del lenguaje natural o artificial tiene necesariamente sentido y denotación y que por lo tanto había que proveer artificialmente una denotación cuando no la había. Blasco cree que es precisamente éste el papel que tienen los “conceptos” en

Frege. Luego de asimilarlós a la constante individual "a*" de Carnap, nos dice "sabido es que para Frege un concepto como 'el actual rey de Francia' existe, aunque no exista ahora ningún rey de Francia" (p.49). Aparte de que esto es posiblemente una confusión con Meinong, hay que responder que para Frege "el actual rey de Francia" no es ni un concepto ni una palabra de concepto (*Begriffswort*), sino un nombre propio que tiene sentido pero que carece de denotación si los franceses actualmente no tienen monarca. Sostener por otra parte (p.57) que "Frege consideró *todas* las expresiones como nombres, o más exactamente como 'nombres propios'" (el subrayado es del reseñante) implica desconocer la importantísima contribución de Frege al análisis del lenguaje que permitió fundar la lógica moderna: que los predicados son funciones, que por lo tanto no representan objetos y que por ende no son nombres propios. Me inclino a pensar que un conocimiento más fino de Frege permitiría destacar mejor algunas aporías y euporías de la filosofía analítica. Por último, el reproche que se le hace a ésta de hablar de reglas pero no formular ninguna (p.195) no es del todo justo. Creo que el libro de J. Searle, *Speech Acts, An Essay in the Philosophy of Language*, Cambridge University Press, 1968, es un buen ejemplo de lo contrario, por lo menos para el acto lingüístico de prometer.

El libro de Josep Ll. Blasco tiene el mérito de describir, en forma sucinta y completa a la vez, ante el público de habla española una corriente filosófica que ha mostrado bastante vigor y que se ha comunicado de preferencia mediante artículos breves, de los cuales la bibliografía ofrece un buen panorama de conjunto.

Alfonso Gómez-Lobo

THOMAS MORO SIMPSON (ed.), *Semántica filosófica: problemas y discusiones*, Buenos Aires: Siglo XXI Argentina Editores S.A., 1973, 476pp.

Junto con la compilación de M. Bunge (*Antología Semántica*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1960) es esta obra una de las que más contribuirá a difundir en el ámbito de habla española el interés por los problemas de la semántica filosófica contemporánea. Su mayor virtud (aparte del hecho de presentar artículos muy importantes) es la de ofrecer al lector una visión del estilo que caracteriza en general al filosofar del mundo anglosajón: alguien afirma algo, a veces

bastante modesto o circunscrito a un círculo reducido de problemas, por lo general en forma breve y rigurosa (a veces no sin sentido del humor), y esta afirmación no cae en el vacío, es recogida, reafirmada u objetada. Se forman así cadenas de artículos con referencias a los anteriores de la serie, llegándose a veces a puntos de consenso o bien a un pulimiento de posiciones antitéticas que dejan a quien quiere pensar por su cuenta ante opciones bien perfiladas.

Son algunas de estas cadenas las que, con acierto, Simpson ha recopilado.

La antología se abre con lo que es sin duda alguna el eslabón primero de todas estas discusiones: el artículo de Frege "Sobre sentido y denotación". La primera parte (dedicada a problemas del significado, la referencia y los valores veritativos) además de éste incluye otros dos trabajos clásicos: "On Denoting" (1905) de Russell y "On Referring" (1950) de Strawson. Un breve artículo de J. Searle expone muy claramente los graves errores en que incurrió Russell al interpretar a Frege. La respuesta de Russell a Strawson y el artículo de Bar-Hillel sobre expresiones indicadoras cierran esta primera parte donde tal vez cabía esperar la presencia de "Proper Names" de Searle.

La segunda parte, titulada "Cuantificación, identidad y sinonimia", incluye al comienzo las "Notas sobre existencia y necesidad" (1943) de Quine y dos respuestas de Church (la segunda fue escrita especialmente para esta antología). Sigue un artículo de Mates sobre sinonimia y sustituibilidad, otro de Putman sobre sinonimia y el análisis de las oraciones de creencia; de Church titulado "Isomorfismo intencional e identidad de creencia" de I. Scheffler "Sinonimia y discurso indirecto". Hay luego dos ensayos dedicados a la solución Frege-Church a la paradoja del análisis, el primero de Morton White y el segundo del propio Simpson aludiendo a White. Al artículo de Quine "Cuantificadores y actitudes proposicionales" siguen tres trabajos con objeciones de Hintikka, Sleight (escrito especialmente para este volumen) y de D. Kaplan, respectivamente. Quine responde a este último y Smullyan ataca el artículo anterior de Quine sobre existencia y necesidad. Luego de la breve respuesta de Quine a Smullyan, la serie concluye con un ensayo de Linsky en que se vuelve a discutir la teoría de las descripciones de Russell.

La tercera parte, como cabía esperar por su título ("Platonismo, nominalismo y conductismo en el análisis del lenguaje psicológico") cuenta con Church como uno de los interlocutores principales. Su artículo "Sobre el análisis de los enunciados de aseveración y creencia efectuado por Carnap" (en *Meaning and Necessity*) va

seguido de un artículo crítico de Putnam y de una respuesta del propio Carnap. Scheffler presenta objeciones de tipo nominalista a Church y éste le responde. A una nueva respuesta de Scheffler contesta a su vez el gran maestro de Princeton con un trabajo escrito especialmente para esta antología. Todos estos ensayos tratan básicamente el problema del discurso indirecto. También de ello se ocupa Scheffler en "Postscript sobre inscripcionalismo", trabajo que provoca reacciones de Quine (extractadas de *Word and Object*) y de D. Davidson (en su comunicación al Congreso Internacional de Lógica, Metodología y Filosofía de la Ciencia de 1964). La antología llega a término con dos artículos, de Rescher y Chisholm respectivamente, también sobre oraciones de creencia.

Algo incómodo es el que al final aparezca la lista de los artículos indicando los traductores y que luego se repita señalando ahora las fuentes. La bibliografía es amplia y útil. Se procura señalar la traducción castellana cada vez que la hay. No se puede confiar en la transcripción de los términos técnicos alemanes de Frege en las notas del primer artículo pues contienen numerosos errores.

En resumen, estamos ante un valioso volumen, producto de un arduo trabajo (Simpson tradujo personalmente la mayoría de los artículos), que provee un interesante y estimulante material de estudio.

Alfonso Gómez-Lobo

J. W. DAVIS, D. J. HOCKNEY, y W. K. WILSON, (eds.),
Philosophical Logic, Dordrecht: Reidel 1969. 277 pp.

Los tres autores de este volumen, son en realidad los compiladores y editores del mismo, y provienen de la Universidad de Western Ontario (Canadá). Bajo el título de "lógica filosófica" se han agrupado dieciocho ensayos que corresponden a problemas de la lógica moderna, y, en algunos casos de la epistemología moderna, que escapan a lo que habitualmente se entiende por "Lógica matemática", es decir, el tratamiento de los problemas formal-deductivos tradicionales atribuidos a la lógica mediante los métodos habituales en la matemática (sistemas axiomáticos, modelos teorías de conjuntos, funciones recursivas, etc.) Aunque, como es natural en esta clase de temas, la delimitación entre la lógica matemática y la filosófica dentro del panorama de la lógica moderna, no puede ser efectuada de manera absolutamente nítida, hay que reconocer que

los temas aquí tratados responden a cuestiones en las que el instrumental formal de la lógica debe ponerse al servicio de problemas metodológicos y epistemológicos que proporciona la ciencia. De acuerdo con esto, hay una implícita división de esta antología en varios temas capitales, división que corresponde a los diversos temas que se trataron en el coloquio anual del Departamento de Filosofía de la Universidad de Western Ontario, y que son básicamente:

- (a) Cuestiones de lógicas no extensionales (lógica de creencia, de modalidades, de normas, de expresiones interrogativas, etc.)
- (b) Problemas lógicos "puros" (implicación estricta, por ejemplo)
- (c) Tópicos de carácter nítidamente epistemológico (inducción, confirmación, traducción, etc.)

Como es natural en este tipo de reuniones científicas, algunas exposiciones consisten en la narración original de un ensayo o artículo sobre un tema, mientras que otras constituyen comentarios, críticas y anotaciones de los ensayos que las precedieron en la exposición.

Hay que destacar, en primer lugar, la calidad de los trabajos en sus respectivas especialidades (al margen de que los temas vinculados directamente con epistemología ofrecen siempre dificultades mayores que los de lógica pura, y a veces hay que apreciar ese esfuerzo aun cuando los resultados sean menores), el adecuado criterio para su ordenación y encadenamiento, que otorga al volumen una unidad y armonía un tanto desconocidas en los textos que son recopilaciones de conferencias o discusiones, y la seriedad y rigor de los autores, entre los cuales hay muchos bien conocidos por los lectores de temas lógico-epistemológicos, y otros más nuevos que despiertan interesantes expectativas.

Entre los primeros tenemos al famoso filósofo analítico y epistemólogo finés Jaakko Hintikka, al especialista en lógica modal y lógica de la preferencia mundialmente conocido, G. H. von Wright, quien fue discípulo de Wittgenstein, y enseñó hasta hace algunos años en las Universidades de Cornell y Helsinki, los profesores A. N. Prior y Storrs McCall y algunos otros. A los lectores de habla hispana le pueden resultar interesantes los trabajos de ciertos autores, que, pese al prestigio de que gozan en sus lugares de actividad, no han sido traducidos nunca al castellano, p.e. Wesley Salmon, excelente especialista en problemas de lógica inductiva, Nuel D. Belnap, especializado en lógicas no extensionales y Risto Hilpinen, dedicado entre otras cosas a lógicas modales.

Como hacer un comentario incluso esquemático de cada uno de los ensayos que componen el volumen, excedería el espacio de una reseña, me limitaré a los artículos que considero más representativos dentro de cada tema, y así el lector tendrá algún indicio para juzgar si vale la pena leerlo.

El trabajo de J. Hintikka (pág.21) titulado "Semantics for propositional attitudes", comienza "condenando" el contraste clásico entre la teoría de la referencia y la del significado, al que califica de espurio. Pese a que la observación podría parecer meramente destructiva y circunstancial, esto implica un claro progreso en la semántica científica, ya que desde Frege hasta la actualidad, pasando por Carnap y muchos otros autores, siempre hemos tenido la convicción que el significado, como algo diferente de la referencia, tenía ciertas propiedades sumamente vagas (vinculadas con el concepto, acaso psicológico, de *información*), que hacían imposible darle un tratamiento formal. Más aun, un intento de tratamiento formal de los significados no hace sino, usualmente, remitir a una forma disfrazada de apelar a la referencia. Además, de hecho, en el uso científico del lenguaje este problema jamás se plantea, pues parece condenado a los dominios de la psicología del lenguaje, muy lejos de los cánones formales de la lógica o la semántica.

Posteriormente, el autor reivindica la teoría de la referencia como suficiente para fundamentar la teoría del significado en los sistemas lógicos de primer orden, y ataca la famosa objeción que se basa en las sinonimias no lógicas, cuyo análisis preciso (según su perspectiva) conduciría a tareas semánticas que están fuera de la lógica de primer orden.

La tesis central del ensayo, una vez abordados esos problemas, es que la atribución de cualquier actitud proposicional (en una situación en la cual dicha actitud se puede atribuir solamente a una persona), involucra una división de todos los mundos posibles, en dos clases: aquellos mundos que están en concordancia con la actitud en cuestión, y aquéllos que son incompatibles con la misma. Las actitudes se pueden dividir por ejemplo en conocimiento, creencia, memoria, percepción, esperanza, deseo, etc. Si hablamos de los recuerdos de un individuo A, entonces, estos mundos posibles son todos los mundos compatibles con todo lo que A recuerde.

A partir de esta tesis clave, Hintikka desarrolla una teoría semántica muy elaborada, pero no excesivamente compleja, que quizá con el tiempo se convierta en una teoría clásica de análisis para este tipo de problemas. Algunos de los problemas que surgen allí tienen importancia exclusivamente semántica, y consistiría todo un

enigma en decidir hasta qué punto se reflejan en necesidades concretas del lenguaje de la ciencia. De cualquier manera, es interesante la refutación de Hintikka al llamado "compromiso ontológico" de Quine, de acuerdo con el cual uno se compromete ontológicamente con todo aquello sobre lo cual cuantifica.

El trabajo de Hintikka se completa con un análisis de los términos singulares y cuantificadores, en el contexto de las actitudes proposicionales; un estudio de los métodos de identificación cruzada; el examen de las funciones individuantes; y la comparación entre enunciados acerca de individuos definidos y los enunciados acerca de las cosas o personas a las cuales se refiere un término.

Una conclusión puede sacarse: el concepto de individuo en Hintikka parece depender de los métodos para la identificación cruzada de los miembros de universos distintos, o, mejor dicho, de "universos posibles". Estos universos junto con las funciones que los relacionan, pueden gozar para el autor de cierta realidad objetiva. Eso no significa respaldar directamente un "platonismo", porque no se propone la subsistencia lisa y llana de los objetos abstractos, sino que más bien se dejaría abierta la posibilidad de la construcción mental de dichos objetos abstractos, en una manera que, a nuestro juicio, no es radicalmente diferente a la de los intuicionistas matemáticos de la escuela de Brouwer. El mismo autor reconoce que sus razonamientos terminan con una "nota kantiana".

Dejando de lado la vigencia que puedan tener estos problemas, en un momento en que la metodología de la ciencia proporciona a la lógica riquísimos y trascendentes problemas (como la lógica de la teoría de la probabilidad, la teoría lógica de la confirmación, etc.), es indudable la ingeniosidad, sutileza y perfección formal con que Hintikka ha encarado este tópico, y la frescura de cierto estilo intuicionista que sopla en sus construcciones. El ensayo termina con un par de nutridas páginas llenas de referencias y notas.

Un tema que pocas veces fue tomado en serio, es el de la lógica interrogativa. Este tema ha sido ingeniosamente tratado incluso en lengua castellana por el lógico germano-chileno Gerold Stahl, pero no ha recibido tanta acogida como la lógica imperativa o deóntica.

El trabajo de Lennart Aqvist, poco conocido por los lectores de habla española, retoma un problema ya abordado por él en su libro *A New Approach to the Logical Theory of Interrogatives* (Uppsala, 1965). Lo que quiere ver, utilizando el "arsenal" lógico elaborado en esa obra, es cómo se puede tratar con *sucesiones* de preguntas, en vez de hacerlo con preguntas aisladas, y cómo pueden tratarse ciertas preguntas "no típicas", como las preguntas tipo "test".

Ante todo, hay que ponerse al día en la notación que usa el autor; es decir, ciertos operadores que, a falta de otra manera, me permitiré llamar “operadores interrogativos”. P.e., la pregunta:

“Cuáles son los dos primos entre 13 y 17?”

se puede simbolizar así:

Primero, ponemos “ $f(x)$ ” en lugar de “ x es un número primo entre 13 y 17”. Luego, escribimos $(? \ 1 \ D_2 \ x) \ F(x)$.

En esta última expresión “?” indica que estamos frente a una oración interrogativa, “ D_2 ” que trabajamos en un dominio con dos elementos, y “1” que queremos elegir “cada uno” de los dos elementos que hay allí.

Utilizando este tipo de notaciones, Aqvist aspira a resolver su primer problema: tratar sucesiones íntegras de preguntas. El punto clave es la comparación entre diversas sucesiones, por ejemplo, a los fines de establecer relaciones lógicas similares a las que ocurren en la lógica de secuencias (*sequential logic*) al estilo de Gentzen, Curry, Kleene y otros. El autor lo resuelve mediante el uso de ciertas traducciones epistémicas de las correspondientes preguntas, y relacionando cada pregunta con el conjunto de sus respuestas, a la manera de Stahl, pero en forma quizá más precisa.

Respecto del análisis de las preguntas no típicas, el camino más natural parece ser el de encontrar las preguntas “reales” que pueden subyacer a las preguntas no típicas (como, p.e., en vez de preguntar “¿Quién escribió el *Don Quijote*?” en un examen, lo cual constituye una pregunta ficticia, preguntar “¿Quién es el único x , del cual usted sabe que escribió *Don Quijote*?”, o, según el caso, “¿Quién es al menos uno de los que según usted cree escribieron el *Quijote*?”, etc.), pero, como muy bien reconoce el autor, no siempre hay una pregunta real detrás de una pregunta no típica.

Este trabajo es interesante dentro del tema (no abrimos juicio sobre si el tema mismo es interesante o no), pero tiene el grave problema de que el lector debe estar bastante familiarizado con los pocos trabajos que se han publicado sobre el mismo, como para entender las notaciones y conceptos que se manejan en él.

La memoria de Robert Ackermann, “Some problems of inductive logic”, (pág.135) cala hondamente en la entraña de uno de los más importantes (sino el más importante) problemas epistemológicos actuales: la inducción. La idea con que el autor comienza su trabajo es, en mi opinión (y acaso porque coincide con mi propia concepción del problema), capital: “mucho del trabajo filosófico que se ha hecho en inducción ha surgido en un intento erróneo de formalizar ciertas pautas esencialmente intuitivas del razonamiento inductivo”.

El autor encuentra que la mayor parte de los argumentos que invocan la "insuficiencia" del cálculo de probabilidades para la "formalización" de la noción de inducción, no son convincentes. Según él, muchos de esos argumentos suponen conflicto entre una aspiración lógica que se da por sentada y ciertos teoremas del cálculo de probabilidades. Algunos argumentan, p.e., que la noción de confirmación no puede ser metida dentro del cálculo de probabilidades si no se requiere la condición de equivalencia lógica, cosa que Ackermann considera un tanto innecesaria, desde el momento en que la misma relación "X confirma a Y" no puede tomarse como siendo de carácter deductivo.

Ackermann tiende a subrayar la importancia de la inferencia probabilística en la teoría de la inducción, y señala incluso que algunos formalismos frecuentemente utilizados como una base deductiva para la teoría de la inducción no protegen contra la posibilidad de error, pero esa "falla" también la tiene la teoría de la deducción, en el sentido de que podemos hacer una inducción "incorrecta" si ignoramos, por ejemplo, algunas premisas.

Esto le sirve como punto de partida para proponer una definición de inferencia inductiva que tenga ciertas similitudes con las antiguas definiciones de inferencia deductiva válida. Inspirándose en un "punto intermedio" entre un silogismo categórico "positivo" y uno "negativo", el autor propone una caracterización del "*silogismo estadístico*".

Si indicamos por "P(. . .)" al operador "probabilidad de . . .", y por "(---/ . . .)" a la expresión que indica "el hecho de que un . . . sea un ---", entonces, el silogismo estadístico se puede escribir así:

$$\frac{P(F(x) / G(x)) = m/n}{G(a)}$$

$$P(F(a)) = m/n$$

Ackermann reconoce que sus esfuerzos van dirigidos a una discriminación lógica de las situaciones en las cuales el teorema de Bayes es aplicable, pero su diferencia estriba, entre otras cosas, en el hecho de que hay una caracterización más rigurosa del uso de hipótesis, ya que, de acuerdo con el autor, la negación de una hipótesis puede muy bien no ser una hipótesis. (En rigor, una concepción crudamente probabilista de este problema, nos podría hacer ver a ambas como hipótesis, por lo menos en los casos en que ambas, la proposición y su negación, están cerca del valor de

probabilidad 1/2. Un "esencialista" objetaría que mientras una hipótesis describe una conjetura sobre la realidad, su negación no tiene por qué hacerlo.)

No podemos entrar en los detalles de la teoría de Ackermann, ni de su diferencia con las de Carnap, Reichenbach y otros, lo cual debería quedar para una reseña detallada de este solo artículo, pero podemos bosquejar algunos trazos generales: (1) El autor define razonamiento inductivo de acuerdo con el siguiente criterio: un *razonamiento es inductivo* si la conclusión C del mismo es equivalente a una proposición A y existe al menos una premisa (la premisa *básica*) del razonamiento, la cual es equivalente a la disyunción exclusiva de A con una o más proposiciones que son *no equivalentes*, tomadas de a pares, sea entre sí, sea con A. (2) Un razonamiento es *inductivamente válido* si sus premisas, junto con las premisas inductivas básicas, son coherentes, y si todas las premisas, tomadas en forma conjunta, junto con la teoría de la probabilidad y la lógica, muestran que A es más probable que cualquiera de los otros disyuntos de la premisa inductiva básica. (3) La inferencia deductiva parece ser un caso subsumible bajo las definiciones de Ackermann. (4) Las inducciones enumerativas tradicionales no satisfacen la definición de Ackermann. (5) Estas concepciones pueden servir como punto de partida para la extensión de resultados bayesianos.

Finalmente, Ackermann se muestra un tanto dubitativo (por no decir escéptico) respecto de las concepciones carnapiana y hintikkiana sobre la plausibilidad de las medidas *a priori* de probabilidad, y su presunta convergencia bajo nuevos elementos de juicio, convergencia ésta que queda asegurada (por supuesto, cuando los elementos de juicio son favorables), con las probabilidades *a posteriori*.

La memoria de Ackermann va seguida en el libro que comentamos por un trabajo de Brian Skyrms en el cual se efectúan algunas observaciones a aquélla. Así como dijimos que Ackermann tenía una profunda visión de los problemas que, aparentemente, son resultado de la confusión entre la formalización de la teoría de la inducción, y las pautas intuitivas de la misma que no es plausible formalizar, así también, Skyrms es consciente de en qué medida Ackermann se queda corto, y pone el énfasis en el hecho de que el intento de separar los razonamientos deductivos e inductivos debe necesariamente fracasar. Sin embargo, creemos nosotros, esto no debería llevar a confundir ambos razonamientos, sino más bien al extremo opuesto, a considerar que no es posible una formalización *completa* del método inductivo, por la sencilla razón de que su metodología debe ser

esencialmente empírica (Pero este es un tópico demasiado complejo para tratarlo en una reseña). A continuación, Salmon también agrega sus propias observaciones (p.158) sobre el trabajo de Ackermann, sentando su propia y conocida posición de que el cálculo de probabilidades *no puede* ser el único formalismo sobre el que se base la lógica inductiva.

De los demás artículos que no reseñaremos, vale la pena mencionar el de Howard Smokler y Michael David Rohr, "Confirmation and Translation", que toca un tema crucial en la metodología científica. Los trabajos de Stenius, Lemmon, Meredith y Thomas, p.e., son correctos y quizá resulten interesantes al estudioso de la semántica científica, pero como todo lo que concierne a los actuales refinamientos de los problemas puramente lógicos, son un tanto insatisfactorios, frente al vértigo que producen los artículos que tocan serios temas epistemológicos y metodológicos. De todos modos, por los trabajos de Hintikka y Ackermann (junto con los comentarios a éste, y sus réplicas), el libro merecería la pena de ser adquirido y leído por cualquier estudioso de la buena filosofía contemporánea. Añadamos que el volumen trae dos detallados índices analíticos, uno de nombres y otro de temas.

Carlos Lungarzo

C. D. BROAD, *Induction, Probability and Causation*. Dordrecht; D. Reidel Publishing Co.; 1968. XI+296pp.

Se trata de un volumen que incluye todos los trabajos de C. D. Broad sobre inducción y probabilidad, que se publicaron hasta la fecha de la compilación de este libro, con la sola excepción de unas pocas reseñas bibliográficas, y de un ensayo del autor sobre la filosofía de Francis Bacon. El trabajo de selección del ensayos, ordenamiento, anotaciones y prólogo estuvo a cargo de Jaakko Hintikka y los otros editores de la "Synthese Library" (Davidson, Nuchelmans y Salmon.)

El libro no incluye, lamentablemente, una biografía del autor, lo cual habría sido razonable, tratándose de una colección de textos de Broad, editados en cierta medida en su homenaje, y teniendo en cuenta que, pese a lo conocido que es este filósofo en el ambiente de la epistemología inglesa, habría sido deseable hacerlo conocer al público científico y filosófico en general, para el cual este libro

puede tener gran interés. Para salvar la omisión, el editor principal (Hintikka), remite a uno de los volúmenes de la serie "The Library of Living Philosophers", a saber: P. A. Schilpp (editor), *The Philosophy of C. D. Broad*, en el cual figura también una lista bibliográfica compilada por C. Lewy. En compensación, el texto que comentamos trae un artículo adicional de G. H. von Wright (p.228), titulado "Broad on Induction and Probability", y está cerrado por una nota final sobre el mismo Broad, "Replies to my Critics".

Hay que tener en cuenta que Broad es uno de los especialistas más célebres en inducción y probabilidad del área de habla inglesa, y que, como muy bien lo señala von Wright, es el único cuyos trabajos permanecieron mucho tiempo editorialmente dispersos, y sin que, a diferencia de lo que pasó con todos los otros clásicos, se los hubiera compilado jamás en forma de libro. El esfuerzo hecho por los editores de este volumen, pone al alcance del lector que, por diversas razones, no tiene acceso a las revistas especializadas, un libro de importancia.

Detallamos, a continuación, el contenido del libro:

1. La relación entre inducción y probabilidad (ensayo en dos partes).
2. Noticia crítica del trabajo de Keynes, "Un tratado sobre la Probabilidad" (reseña crítica).
3. Id. sobre el libro de W. E. Johnson, *Lógica*.
4. Johnson sobre los Fundamentos Lógicos de la Ciencia (dos partes).
5. Los principios de la inducción problemática (con un apéndice).
6. Los principios de la inducción demostrativa.
7. Causación mecánica y teleológica.
8. Nota crítica sobre el texto de R. von Mises, *Probabilidad, estadística y Verdad*.
9. Idem sobre Kneale, *Probabilidad e inducción*.

Como ya dijimos, cierran el texto el comentario de von Wright, y las réplicas de Broad.

Nos ceñiremos a los textos más representativos del pensamiento del autor, para aligerar esta reseña.

(1) es un trabajo en cierta medida de importancia cardinal para entender la concepción de Broad sobre la inducción, pues pone el énfasis en el tan antiguo problema de cuáles son los fundamentos probabilísticos para aceptar un razonamiento inductivo.

En "The relation between induction and probability" (p. 1) Broad se propone demostrar tres tesis básicas: (i) toda inferencia inductiva involucra una falacia, a menos que las conclusiones inductivas vengan expresadas en términos de probabilidad; (ii) a menos que se dé por supuesta cierta ley que rija el funcionamiento del mundo físico, el grado de creencia que atribuimos a las conclusiones de las inducciones "bien establecidas", no puede ser justificado por ningún principio de probabilidad; y (iii) que es extremadamente difícil enunciar una premisa general acerca del mundo físico, de tal manera que sea, al mismo tiempo, plausible y no tautológica.

A continuación, luego de dejar sentado de que pese a que las ciencias muy desarrolladas, utilizan formas de inducción que parecen extremadamente complejas, y apelan continuamente a la combinación de razonamientos inductivos con formas tradicionales de deducción, sin embargo, la inducción *nunca* puede reducirse a la deducción sin que quede un residuo significativo, Broad hace un análisis de la inducción por enumeración simple. Para este estudio, utiliza sistemáticamente el modelo "urna" típico de un problema de probabilidad con alternativa simple y de extracción sucesiva. El ejemplo le sirve para sacar la conclusión de que el intento de establecer leyes de la naturaleza por enumeración simple tiene ciertas analogías con el modelo de la urna, pero esa analogía se quiebra en algunos puntos: p.e., los hechos observados en la naturaleza pueden variar de característica, lo cual es improbable que lo hagan los objetos extraídos de una urna; los objetos observados en la naturaleza pueden ser estudiados reiteradamente, mientras que los objetos extraídos de una urna quedan fuera de juego, etc.

Luego, en la primera parte de este ensayo, su atención se centra en el método hipotético, a menudo presentado por algunos autores como alternativa frente a la inducción. Para Broad, la inducción por enumeración simple es sólo un caso un tanto especial del método hipotético. Efectivamente, al comienzo del experimento con la urna, se tienen ciertas hipótesis igualmente probables respecto de la constitución de su contenido. Después de la primera extracción y examen, alguna de las hipótesis cae, mientras que otras siguen en pie, aunque no con la misma probabilidad. Luego, Broad se centra en una descripción probabilística del método hipotético que es más o menos "standard" en el tema, pero que le sirve para fundamentar la segunda de sus leyes básicas que enunciamos al comienzo. En esta parte, hace un uso más o menos libre de resultados conocidos del cálculo de probabilidades, incluyendo la utilización discrecional de probabilidades condicionales.

En la primera parte de su trabajo, Broad había tratado de mostrar que el enunciado de razonamientos inductivos en términos de probabilidad era una condición necesaria pero no suficiente para su validez. En la segunda parte propone el muy interesante problema de encontrar ciertas proposiciones (o, por lo menos, determinar cómo deberían ser si existieran) sobre el funcionamiento general de la naturaleza, y cuáles son los elementos de prueba que se pueden aportar para las mismas. Broad, a lo largo de una serie de razonamientos sutiles, tanto lógicos como filosóficamente, matizados de ejemplos cuya transcripción nos resultaría imposible en esta reseña, saca una serie de resultados, que, pese a su discutibilidad, se inscriben entre los más interesantes que han aparecido en la polémica inductivismo-deductivismo; los resumiremos, más o menos arbitrariamente:

(a) Los razonamientos inductivos *particulares* dependen de la probabilidad y producen conclusiones solamente probables, *independientemente* de nuestras suposiciones acerca de la naturaleza.

(b) Las suposiciones acerca de la regularidad de la naturaleza (p.e., que la naturaleza está compuesta de unas pocas sustancias permanentes, que todos sus cambios están sujetos a ley, etc.) no son auto-evidentes, ni mutuamente independientes, ni capaces de ser confirmadas o refutadas por la experiencia.

Como se ve, las conclusiones de Broad son más de tipo filosófico que metodológico, más de tipo negativo que positivo, y más inscriptas en una concepción clásica que en una "moderna", lo cual se explica si se tiene en cuenta que la mayor parte de sus especulaciones corresponden al período de la entreguerra. Es innegable, sin embargo, que sistematizan algunos problemas que alguna vez deberían ser tratados por los epistemólogos actuales, aprovechando el mayor arsenal lógico-matemático que tenemos hoy en día (p.e., ¿aumenta la explicatividad de una ley su probabilidad? ; ¿nos aproximamos, con leyes más explicativas, a una explicación más "esencialista"? ; ¿puede reducirse el "azar" que aparece en una ley probabilística a un mínimo? .) Hay que hacer notar que el trabajo de Broad nos remite a cierto tipo de consideraciones que, pese a que quizá no tengan nunca solución definitiva, deberían ser planteadas de nuevo, antes que acometer la formalización de teorías que no están suficientemente investigadas. Por ejemplo, nos esforzamos por perfeccionar la teoría de la probabilidad para que pueda ser usada en ciencia, pero omitimos plantearnos si esto lo hacemos con un criterio puramente operativo (que parecería lo más plausible), o con la ilusión de que el margen de probabilidad "negativa" pueda ser

definitivamente eliminado, como si el carácter estadístico de las leyes se debiera a algún fenómeno "patológico" que debe ser erradicado.

En "The Principles of Problematic Induction" (p.86), Broad toma el problema de los procesos de razonamiento que comienzan a partir de una premisa que dice que todos (o una buena proporción de) los individuos S, observados, que tienen una característica S, tienen la característica P, y tienden a asignar una cierta probabilidad a la conclusión de que todos (o cierta proporción de) los S, tendrán también esta característica P. Eso es lo que él llama una "inducción problemática".

Los únicos principios lógicos y probabilísticos que necesita para atacar esta cuestión son: (1) que si p y q son L-equivalentes, entonces, para todo h, ocurre que $PROB(p/h) = PROB(q/h)$. (2) El principio de Conjunción. (3) El principio de Disyunción. (4) La regla de expansión. A partir de allí, se sacan algunos resultados clásicos típicos de los problemas de "extracción de urna". Se define "equiprobabilidad" a partir de la correspondiente proposición (o axioma), sobre enunciados equiprobables, y se enuncia la primera regla de *sucesión* de Laplace. Broad concuerda con la crítica de Keynes al principio de Indiferencia, crítica que ya es tradicional en la teoría de la probabilidad pero que, para el momento en que Broad escribió su memoria era indudablemente muy aguda.

El resto de la memoria consiste en un tratamiento sistemático de las cuestiones formales surgidas en torno a las generalizaciones nómicas, al cabo de las cuales se discute la llamada "cuestión epistémica".

De todo este artículo, cuyos aspectos formales y filosóficos el lector medio interesado en el tema podrá captar sin dificultad, se extraen algunas conclusiones básicas: (1) Todo argumento inductivo supone, aparte de los principios generales de la lógica formal y la probabilidad, ciertas suposiciones sobre equiprobabilidad y la llamada por Broad, "Premisa Causal Fundamental", que dice: "El resultado de cada experimento está totalmente determinado por una causa total compuesta de factores causales de dos clases diferentes: (i) un factor conocido como constante, a través de todos los experimentos, o cuyas variaciones pueden ser conocidas en cada uno de sus estudios de variación. (ii) Un gran número de factores causales, cada uno de los cuales tiende a variar en una u otra de las direcciones en las cuales puede variar".

(2) Para establecer una probabilidad razonablemente alta, se necesita además la suposición de que es altamente probable la ponderación de un factor antecedente.

(3) No se pueden aplicar consideraciones similares a las generalizaciones inductivas acerca de fenómenos mentales.

El trabajo se cierra con un apéndice (p. 122) puramente matemático, en el que se proporcionan las fórmulas relativas a la extracción del "modelo urna", mediante reemplazamiento, bajo una suposición de equi-probabilidad. El tratamiento hecho en las cuatro páginas del apéndice requiere las nociones elementales del álgebra de probabilidades, y un uso elemental de operaciones finitarias (cocientes, sumatorias, manejo de probabilidades condicionales, etc.) Obviamente, el teorema de Bayes y otros resultados sumamente elementales con él relacionados, se dan continuamente por supuestos.

El título de otro de los ensayos básicos del libro puede parecer raro, "The principles of demonstrative induction" (p. 127), si tenemos en cuenta que la inducción se define a menudo como el razonamiento no demostrativo por excelencia. Para Broad, una inducción demostrativa es un silogismo hipotético mixto de la forma Modus Ponendo Ponens, en el cual la premisa mayor debe ser o de la forma "Si *este* S es P, entonces *todos* los S son P", o "Si *al menos un* S es P, entonces *todos* los S son P", en cuyo caso, la premisa menor debe ser "*Este* (mismo) S es P" o "*Este* S es P" (también "Al menos un S es P") respectivamente.

La primera sección del artículo está destinada a definiciones y formalizaciones básicas utilizando el lenguaje de la lógica de cuantificadores (funcional de orden 1), en la notación clásica de los *Principia Mathematica*, ilustrada con algunos ejemplos de la investigación científica habitual. En la segunda sección, Broad se detiene en las leyes causales. Nada de lo que dice allí es nuevo para los lectores de modernos textos epistemológicos, pero le sirve al autor para proveerse de la terminología y problemática necesaria para encarar, en la tercera sección, la cuestión de las condiciones necesarias y suficientes para la producción de un fenómeno. Puede ser interesante comparar sus comentarios con las concepciones causalistas y acausalistas clásicas, y, sobre todo, deslindar diferencias con el positivismo lógico y las corrientes instrumentalistas más modernas.

Este ensayo es una combinación, más o menos ordenada, de suposiciones filosóficas no demasiado comprometidas con ninguna corriente "extremista" dentro de la teoría de la causalidad, con esbozos formales para un tratamiento lógico-matemático de las causas dentro del marco de la inducción. En este sentido, el ensayo que le sigue en el volumen, "Mechanical and Teleological Causation" (p. 159), es también una continuación desde el punto de vista temático.

Para completar esta reseña, digamos que algunos de los artículos aquí publicados, aparecieron por primera vez en los *Proceedings of the Aristotelian Society*, en la década del 20, y otros, especialmente los comentarios sobre libros, en la revista *Mind*. Pese al indudable esfuerzo que han hecho los editores, quisiéramos destacar que no se han hecho anotaciones históricas o bibliográficas en la medida en que habría sido necesario, ni se han proporcionado las "fichas técnicas" detalladas de los trabajos (lugar y circunstancia en que fueron escritos, quién los publicó por primera vez, etc.), hecho que carece de importancia en un manual o en una antología de ensayos con propósitos didácticos o polémicos inmediatos, pero que sí es relevante en un libro como éste cuyo valor es primordialmente histórico.

Finalmente, se advierte al lector interesado en filosofía de la ciencia, que puede encontrar muy buenos motivos para leer este volumen: (a) si no conoce el tema a fondo, encontrará sugerencias históricas que le harán entender cómo se originó; (b) si es un especialista, ya esté a favor o en contra de la inducción como método, encontrará la frescura de los viejos trabajos de epistemología, que se ha perdido un tanto en los últimos años, con el lento divorcio (pensamos que será temporario), entre los científicos propiamente dichos y los epistemólogos. No dudamos que la tradición que inauguró el *Círculo de Viena* volverá a tener vigencia, en el sentido que la metodología de la ciencia sea una tarea estrechamente ligada a la actividad propiamente científica. Señalemos para terminar, que en esta edición, minuciosamente cuidada, desde el punto de vista físico, no se notan erratas, ni siquiera en la parte simbólica.

Carlos Lungarzo

JÜRGEN KLÜVER. *Operationalismus. Kritik und Geschichte einer Philosophie der exakten Wissenschaften*. Stuttgart-Bad Canstatt: Frommann-Holzboog, 1971. 220pp.

Este breve libro ofrece, bajo la guisa de un ensayo histórico-crítico sobre el operativismo, una introducción inteligente y sugestiva a ciertos problemas centrales de la filosofía de la ciencia. Por eso, no obstante uno que otro error histórico (fácilmente subsanable) y la insuficiencia sistemática de la obra (reconocida por el propio autor) me parece que sería útil traducirlo al español.

Su mayor novedad consiste en la presentación paralela de temas, problemas y soluciones de la filosofía de las matemáticas y la

filosofía de la física que de ordinario no se ponen en conexión. Esto le permite mostrar como la corriente operativista manifiesta desde fines del siglo pasado o principios del presente en la reflexión sobre la física, se remonta, en la reflexión sobre las matemáticas, a la Grecia clásica. Klüver llama *operacionalistas* u *operativistas* a todas las tendencias de la teoría de la ciencia y de la ciencia misma que interpretan a la ciencia con la cual se ocupan, primordialmente como un sistema de acciones humanas (p.11). La tesis central del operativismo puede formularse según Klüver como sigue: “La formación de los conceptos científicos no sólo procede (*erwächst*) de una praxis determinada sino que tiene que justificarse continuamente en ella (*an ihr*)” (p.15). La experiencia no consiste en una recepción pasiva de datos de los sentidos ni mucho menos en una meditativa visión de esencias, sino que acontece en virtud de la actividad del sujeto humano. Klüver llama *platonismo* — en sentido amplio — a la tendencia epistemológica opuesta al operativismo, caracterizada porque “considera a la ciencia como un descubrimiento de objetos y estructuras previametne existentes” y “presupone que hay un dominio de objetos, cuyas propiedades fundamentales subsisten independientemente de las posibles intervenciones de la ciencia y se reflejan en las teorías científicas” (p.12). El lector desprevenido no entenderá cómo puede haber una oposición entre corrientes de pensamiento que defienden aseveraciones al parecer obvias y compatibles entre ellas. El lector avezado en la historia de la filosofía no se sorprenderá de esto, pero sí, quizás, de que Klüver coloque bajo el patronato de Platón a todas las formas del realismo científico. Se suele llamar platonismo al realismo contemporáneo en la filosofía de las matemáticas, por la sencilla razón de que proclama la existencia independiente de los objetos matemáticos, los cuales, como las ideas platónicas, son *noetà*, no *aisthetà*. Pero choca que se llame platonismo al realismo de las ciencias empíricas, a menudo materialista, y hasta sensualista a veces. La terminología adoptada por Klüver se explica, sin embargo, fácilmente. Mientras el operativismo ve en la articulación conceptual del objeto del conocimiento científico una creación de la praxis inteligente del hombre, la corriente que aquí se llama platonismo entiende que dicha articulación conceptual se limita a reflejar más o menos adecuadamente un sistema de propiedades y relaciones que preexiste en las cosas. En la medida en que este sistema se deja reflejar en conceptos, constituye evidentemente una realización de ideas, en el sentido platónico del vocablo.

El libro está dividido en tres partes. La primera expone la lucha

entre el platonismo y las corrientes antiplatónicas, operativistas o constructivistas en la historia de las matemáticas. Se habla de la matemática antigua, del renacimiento y la época de Leibniz, de Kant y el surgimiento de las geometrías no euclidianas, y de las grandes corrientes de la filosofía de las matemáticas del siglo XX. El fracaso del logicismo (Frege, Russell) y el formalismo (Hilbert) se yuxtapone a las insuficiencias y limitaciones del intuicionismo (Brouwer) . . . Klüver subraya que la reconstrucción de las matemáticas emprendida por esta última escuela ha sido rechazada por la inmensa mayoría de los matemáticos de profesión, quienes no se dejan despojar de las bellezas y comodidades del paraíso legado por Cantor. Pero señala, por otra parte, con lucidez insobornable, la gran dificultad de las doctrinas que hacen de la no-contradicción el único criterio de legitimidad en matemáticas: este criterio anchísimo no permite entender por qué, de hecho, no toda estructura no contradictoria posee interés matemático. Klüver ve en los intentos de Lorenzen un camino viable para salir de estas aporías.¹

La segunda parte concierne al operativismo en la filosofía contemporánea de la física. Después de un buen capítulo sobre Peirce, el gran pensador norteamericano casi desconocido hasta hace poco en Alemania y todavía vastamente ignorado en Hispanoamérica, Klüver trata con precisión y dureza las teorías de Bridgman, el creador del término *operativismo* (*operationalism*), mostrando cómo, tal como Bridgman declara, Einstein mismo dio pie en sus textos para algunos de los extravíos de este autor. Por desgracia, Klüver no ha tenido la paciencia de explorar más a fondo los antecedentes del operativismo en la literatura científica y epistemológica de comienzos de siglo. Yo sé muy poco al respecto — buscando mayores luces, justamente, me acerqué al libro de Klüver — pero tengo indicios de que los ademanes operativistas de Einstein en el artículo sobre la electrodinámica de los cuerpos en movimiento de 1905 y en el libro de divulgación de 1916 no eran sino el reflejo de todo un clima de opinión. Mario Bunge ha dicho² que la filosofía operativista de la física fue formulada explícitamente por primera vez por Hugo Dingler en su libro *Lineamientos de una crítica y teoría exacta de las ciencias* (*Grundlinien einer kritik und exakten Theorie der Wissenschaft*, München: Ackermann, 1907), libro que Klüver, aunque dedica un breve capítulo a Dingler, ni comenta ni menciona. Pero Bunge ha

¹Paul Lorenzen *Einführung in die operative Logik und Mathematik*, Berlin: Springer, 1955 (nueva ed., 1969); *Metamathematik*, Mannheim: Bibliographisches Institut, 1962; *Differential und Integral*, Frankfurt: Akademische Verlaganstalt, 1965.

²M. Bunge, *Method, Model and Matter*, Dordrecht: Reidel, 1973, p.70.

hallado pronunciamientos operativistas ya en el libro de Mach sobre la historia del principio de conservación de la energía (1872).³ Por mi parte debo agregar que Mach, en un artículo aparecido en *The Monist* en 1902,⁴ llamaba ya la atención sobre la realización operativa del plano, mediante el mutuo desgaste de tres superficies metálicas, procedimiento que luego será tan destacado en la filosofía de la geometría de Dingler.⁵ En una comunicación privada, Bunge me ha señalado la presencia ubicua del operativismo en las memorias científicas de la época, destacando en particular el artículo de Carathéodory sobre los fundamentos de la termodinámica (*Math.-Ann.*, 67 (1909) 355-386). En inglés, algunas décadas después de Peirce, pero cuatro años antes de la *Lógica de la física moderna* (1927) de Bridgman, hallamos una rotunda confesión de operativismo en Eddington, *The Mathematical Theory of Relativity* (Cambridge: at the University Press, 1923): "Una magnitud física se define por la serie de operaciones y cálculos de los cuales resulta" (p.3). "Las magnitudes físicas definidas por operaciones de medir son independientes de la teoría, y constituyen el punto de partida apropiado de todo desarrollo teórico nuevo" (p.6). La obra de Eddington no figura siquiera en la bibliografía de Klüver. Este trata en cambio extensamente los aspectos operativistas de la escuela de Copenhagen, a través de escritos de Heisenberg, Bohr y especialmente de Carl F. von Weizsäcker. No logra, a mi juicio, disipar la espesa niebla báltica que hace tan difícil penetrar los arcanos de esta doctrina. Sigue un capítulo sobre Dingler, a quien debió tratar, a mi modo de ver, entre Peirce y Bridgman; pero que Klüver ha preferido abordar aquí, al final del desarrollo, probablemente porque constituye un antecedente inmediato de su favorito Lorenzen. El capítulo es breve, pero servirá para despertar interés por este epistemólogo injustamente ignorado. Hallo aquí uno de los errores históricos a que aludí al principio. Después de citar uno de los pasajes en que Dingler ataca la teoría de la relatividad, escribe Klüver: "Sobre el problema de la teoría cuántica y su relativización de las categorías clásicas

³M. Bunge, *La Investigación Científica*. Barcelona: Ariel, 1969.

⁴Ahora en E. Mach, *Erkenntnis und Irrtum*, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1968, pp. 369-370.

⁵A este autor únicamente se refiere Klüver cuando habla del asunto (p.176); Se equivoca empero al decir que según Dingler este procedimiento confiere un significado operativo al concepto *euclidiano* del plano. Dingler, que conocía bien la geometría moderna, nunca ha dicho tal cosa. Cf. Dingler, *Die Grundlagen der angewandten Geometrie*, Leipzig: Akademische Vertagsanstalt, 1911, pp. 19-39. (Conviene observar que en la p.22n. Dingler remite al citado pasaje de Mach).

Dingler no se ha pronunciado (*hat sich Dingler nicht geäußert*)” (p.178). Ahora bien, Dingler escribió muchos libros y no son fáciles de obtener. No es menester haberlos leído todos para escribir seis páginas sobre sus ideas operativistas. Pero es aventurado hacer un juicio existencial negativo como el citado si no se conoce íntegro el dominio a que se refiere. Dingler habla extensamente de la teoría cuántica, por ejemplo, en *Die Methode der Physik* (München: Ernst Reinhardt, 1938; consúltese el índice s.v. Quanten, Heisenberg).

La última parte se dedica a reflexiones críticas, abriendo una perspectiva que lleva más allá del operativismo. Klüver busca una fundamentación de la ciencia que haga justicia a su continuo avance y transformación. El apriorismo clásico fracasó por su pretensión de encadenar perpetuamente la ciencia a ciertas categorías fijas. El convencionalismo no logra escapar al reproche de arbitrariedad. El empirismo positivista, por último, se revela insuficiente para justificar la validez de las proposiciones y la admisibilidad de los conceptos que constituyen la médula del pensamiento científico. Klüver sigue el camino de Lorenzen de fundar la ciencia en una protociencia anclada directamente en la praxis cotidiana. Pero sugiere la necesidad de complementar el enfoque de Lorenzen reconociendo lo que oscuramente describe como la posibilidad del sujeto cognoscente de “ponerse fuera de su propia praxis⁶ mediante una reflexión cuasiexcéntrica” (p.200). En la versión del operativismo defendida por Klüver es esencial que las operaciones a que se apele en la fundamentación de la ciencia sean operaciones repetibles, de suerte que el concepto epistemológico básico resulta ser el concepto de *regla* (p.207). Klüver cita a Wittgenstein — “einer allein kann nicht eine Regel folgen” (“uno no puede observar una regla solo”) — y concluye que el operativismo presupone una comunidad de sujetos operantes que saben entenderse sobre las reglas de su operar. “Puesto que la praxis como fundamento de la ciencia es considerada siempre como praxis de una comunidad... es posible fundamentar la intersubjetividad de la ciencia sin tener que referirse a un sujeto ideal, o a una realidad radicalmente ajena al sujeto” (p.209). Klüver termina aventurando una opinión sobre el problema de la realidad de los objetos de la ciencia. El operacionalismo revisado que propugna no puede sino rechazar la realidad trascendente de los objetos matemáticos, pues aceptarla entrañaría “una recaída en el platonismo” (p.210). En cuanto a la realidad de los objetos físicos, Klüver

⁶Klüver escribe *Handlungspraxis*, *praxis de acción*, uno de esos pleonasmos exquisitos privativos del alemán.

examina varias alternativas, inclinándose decisivamente en pro de la doctrina de Peirce: la realidad física es el objeto de la *ultimate opinion*, es decir, de la teoría definitiva y global que es la meta del proceso infinito de la investigación científica. Tal meta, por cierto, no es más que una idea reguladora (en el sentido de Kant).

Comentaré brevemente, para terminar, cuatro pasajes donde, en mi parecer, Klüver está equivocado. (A) En las pp.28-29, Klüver considera la cuestión de cómo puede probarse la existencia de un objeto matemático con determinadas propiedades, cuando una cierta estructura matemática se supone dada de antemano (*vorgegeben*). Klüver sostiene que una prueba indirecta de existencia (por reducción al absurdo) no es admisible en este caso, a menos que uno haga suyo el punto de vista platónico. Por mi parte estimo que si la estructura matemática determinada se acepta como dada (*vorgegeben*), por ejemplo, como propone Klüver, mediante un sistema de axiomas, la prueba indirecta es concluyente. Esto significa, si se quiere, que al aceptar la estructura como dada se está adoptando ya el enfoque platónico. Esta aceptación, empero, no entraña, a mi modo de ver, un cuestionable compromiso ontológico. En efecto, todo lo que se puede y pretende probar en estos casos es que, si existiera un sistema de objetos dotados de la estructura que determinan los axiomas, existiría en su seno el objeto específico con propiedades determinadas a que se refiere al prueba. (B) En la p.61, Klüver escribe que la teoría de los irracionales de Eudoxo se distingue de la moderna porque aquella no recurre a la noción de conjunto infinito. Conocemos la teoría de Eudoxo a través del libro V de Euclides. Su médula está contenida en la definición 5, que puede parafrasearse así: dos pares de magnitudes X, Y y X', Y' son proporcionales (esto es: $X/T = X'/Y'$) si y sólo si cualesquiera que sean los enteros positivos a y b , $aX = bY$ si y sólo si $aX' = bY'$, $aX > bY$ si y sólo si $aX' > bY'$, y $aX < bY$ si y sólo si $aX' < bY'$. La frase en cursiva expresa una doble cuantificación universal sobre el dominio de los enteros positivos.⁷ Dicha cuantificación presta el servicio que de ella se espera sólo gracias a que — como Euclides y Eudoxo ciertamente presuponen — el conjunto de los enteros positivos es infinito. (C) En la p. 209, Klüver habla de la busca de una teoría física que todo lo abarque, “busca que se ha tornado especialmente aguda precisamente en nuestro siglo”. Conversando con físicos de

⁷La cuantificación universal sobre los enteros positivos está expresada inequívocamente, por la frase *kath' opoionoun pollaplasiasmon*, que emplea el texto griego.

profesión me he persuadido de que esa busca hoy en día se reputa anacrónica. Sobre este punto se puede ahora leer con provecho el capítulo "The network of theories" en Bunge, *Philosophy of Physics*, Dordrecht: Reidel, 1973, pp. 179-209. (D) En la pág. 203, Klüver declara que "para transferir íntegro (*vollständig*) a la ciencia el concepto 'natural' de verdad, esto es, el concepto de verdad de la praxis, es menester, en mi opinión, introducir una realidad platónica, a la cual cada proposición científica se refiere incondicionalmente (*uneingeschränkt*)". A mi modo de ver, en cambio, el enfoque platónico del ser y del conocimiento nace de exigencias intelectuales que el concepto "natural" de verdad, que manejamos en nuestras transacciones prácticas ordinarias,⁸ es justamente incapaz de satisfacer. De esas mismas exigencias nace a la vez, claro está, eso que llamamos la ciencia.

Roberto Torretti

WILLIAM A. WALLACE, *Causality and Scientific Explanation*. Vol. I. Medieval and Early Classical Science; Vol. II. Classical and Contemporary Science. Ann Arbor: The University of Michigan Press, 1972-1974.

En las últimas décadas de su esplendor y poderío el occidente de Europa produjo una cantidad sorprendente de grandes obras de erudición. En el campo de la historia de la filosofía, libros como *Historia de la Atomística* de Lasswitz, *El Problema del Conocimiento* de Cassirer, *El Sistema del Mundo* de Duhem, los tres grandes panoramas históricos de Brunschvicg¹ son un monumento duradero al vigor y la perseverancia con que esa misma *élite* europea que inició y sostuvo la guerra del catorce supo aplicarse también a tareas más constructivas. La aparición de este libro de Wallace, con sus setecientas y tantas páginas, hace concebir la esperanza de que los Estados Unidos, cuya riqueza mantiene a miríadas de catedráticos

⁸Me refiero al concepto de verdad que nos permite aseverar que Fulano usa barba pero Zutano anda mal afeitado, aunque no hemos definido cuántos pelos y cuán largos constituyen una barba; o que Fulano es culpable, pero Zutano es inocente, aunque no hemos resuelto y quizás ni siquiera planteado el problema del determinismo.

¹*Les étapes de la philosophie mathématique* (1912), *L'expérience humaine et la causalité physique* (1922) y *Le progrès de la conscience dans la philosophie occidentale* (1927).

vitalicios,² empezarán a hacer su parte en la producción de obras notables de este género. El propósito declarado del libro es reivindicar como meta de la investigación científica la explicación causal de los hechos que los imputa a agencias productivas reales — en contraste con la explicación puramente lógica que busca deducirlos de hipótesis generales (y de otros hechos). El estudio histórico de la práctica efectiva de la ciencia natural y sus interpretaciones filosóficas sirve para exhibir al positivismo anticausalista como un episodio de la epistemología, casi sin influencia en la ciencia misma. Aunque la obra no está animada de un *élan* filosófico como el que alienta a sus grandes predecesoras europeas, la documentación amplia y fidedigna, la prosa clara y amena, las referencias bibliográficas oportunamente comentadas en las notas y el muy completo índice analítico hacen de ella un trabajo muy meritorio, de gran utilidad en el estudio de la filosofía y la historia de la ciencia. Para dar una idea de lo que se puede buscar en él, describiré brevemente su contenido.

El libro está dividido en diez capítulos. El primero, "Prolegómenos", describe el problema epistemológico actual a que el libro se refiere, bosqueja el método histórico adoptado para tratarlo, y dedica diez páginas al "legado de la Antigüedad", especialmente a la teoría de la ciencia de Aristóteles (ni una línea, empero, a los estoicos, cuya filosofía de la naturaleza, como ha mostrado Sambursky, contribuye poderosamente a moldear el determinismo de la ciencia moderna). Los nueve capítulos restantes pueden dividirse en grupos de tres. Los tres primeros se refieren a la ciencia medieval en Oxford (Grosseteste, Roger Bacon, al grupo de Merton College) y en Paris (Alberto Magno, Tomás de Aquino, Pedro de Maricourt y Teodorico de Freiberg, los terministas Buridan, Oresme y Alberto de Sajonia) y a la Escuela de Padua, respectivamente (este último capítulo dedica nueve páginas a ciertos investigadores parisinos del renacimiento: Jean Mair, Dullaert, Celaya, etc.). Esta parte de la obra será especialmente bienvenida, pues ofrece información concisa pero satisfactoria, sobre autores que hasta ahora sólo se hallaban tratados en revistas especializadas o en los libros, magníficos pero muy detallados, de Crombie (sobre Grosseteste) y de Anneliese Maier (sobre todo el período). Los tres capítulos siguientes — repartidos entre los dos tomos — se refieren a la ciencia clásica: sus "fundadores" (Gilbert, Kepler, Galileo, Harvey y Newton), sus "filósofos" (Descartes, Hobbes, Locke, Berkeley, Hume, Leibniz y Kant, en ese orden) y sus "metodólogos" (Francis

²La lista de filósofos preparada recientemente por el Philosophy Documentation Centre enumera 10,594 filósofos de los Estados Unidos y Canadá. Casi 1500 son especialistas en historia de la filosofía.

Bacon, Comte, Herschel, Whewell, Stuart Mill y Claude Bernard). Los tres últimos capítulos caen bajo el epígrafe "Ciencia Contemporánea". El primero estudia las diversas apreciaciones de la explicación causal en la epistemología del siglo XX, empezando por su devaluación en la obra de Mach, Poincaré y Duhem, para terminar con su restauración en el nuevo realismo de un David Bohm, un Mario Bunge y un Rom Harré; entre estos extremos conceptuales (y temporales) se interponen párrafos sobre el positivismo lógico (Schlick, Reichenbach, Richard von Mises), el operacionalismo de Bridgman, y la escuela de Copenhague (con especial referencia al libro de Max Born, *Natural Philosophy of Cause and Chance*), las teorías recientes de la explicación científica (N.R. Campbell, Braithwaite, Nagel — el capítulo *nombra* a Hempel una sola vez, a Popper, ninguna; pero éste, a diferencia de Hempel, siquiera aparece citado en la bibliografía), y lo que el autor llama "the Anti-Humean Turn", que ve expresado en Whitehead, Meyerson y Ducasse. El capítulo siguiente traza a grandes rasgos un panorama de "las variedades de la explicación causal" en la ciencia preclásica, clásica y contemporánea. El capítulo final se refiere a la causalidad en la ciencia moderna, física, biológica y social. A propósito de la primera, se habla de las teorías relativistas y las teorías cuánticas (pero la sección dedicada a estas se refiere de hecho al problema de la realidad de las partículas elementales); a propósito de la segunda, se habla de la evolución; sobre las ciencias sociales el autor ofrece cuatro breves páginas, con referencias rápidas a cuatro autores recientes (Krimmerman, Richard Taylor, Harré y Secord).

En esta larga lista hay una sola omisión enorme: la teoría ocasionalista de la causalidad, desarrollada en el siglo XVII por los cartesianos Geulincx, Cordemoy, la Forge y Glanvill y perfeccionada por el padre Malebranche, apenas si aparece aludida en una frase (vol. II, p. 60) y en una nota (nota 52 a la p. 14 del mismo volumen). La omisión es tanto más lamentable por cuanto Malebranche, que anticipa todos los puntos decisivos del análisis de la causalidad de Hume, cala más hondo que éste al fundar su acausalismo en consideraciones propiamente ontológicas y no sólo epistémico-psicológicas como las del empirista escocés. El estudio del ocasionalismo habría contribuido a poner de manifiesto los antecedentes teológicos del positivismo, exhibidos en el libro de Wallace sólo a través de la obra del obispo protestante Berkeley. Esta omisión contrasta con el lugar destacado que otorga a la doctrina de Malebranche el único tratado histórico anterior sobre las teorías de la causalidad desde Aristóteles hasta Einstein, el libro de Leon

Brunschvicg sobre la experiencia humana y la causalidad física (citado en la nota 1). Este dedica su capítulo I a "los análisis de Malebranche", su capítulo II al "desafío de Hume". El libro de Brunschvicg brilla por su ausencia en la larga bibliografía de Wallace (también falta allí, por lo demás, toda mención de la otra monografía histórica extensa dedicada al tema, aunque limitada a la edad moderna, el libro de Edmund Koenig, *Die Entwicklung des Kausalproblems in der neueren Philosophie*, 2 vols., Leipzig 1888-1890, recientemente reeditado).

Roberto Torretti

ARNOLD ISENBERG. *Aesthetics and the theory of criticism*, Selected essays, edited by William Callaghan et al., Chicago and London: The University of Chicago Press, 1973, XXXIX y 322pp.

Los amigos y colegas del recientemente fallecido Arnold Isenberg designaron, con el propósito de honrar su memoria, un "memorial committee" que publicaría una colección selecta de sus ensayos. El presente volumen es el resultado de la labor editora de William Callaghan, Leigh Caumann, Carl Hempel, Sidney Morgenbesser, Mary Mothersill, Ernest Nagel y Theodore Norman. Además de los 16 ensayos de Isenberg, algunos de los cuales habían publicados antes mientras que otros aparecen aquí por primera vez, el libro contiene algunas páginas de recuerdos personales de Callaghan, que fue compañero de escuela del filósofo en la Public Latin School de Boston y su amigo por casi cuarenta años. Trae, asimismo, un ensayo introductorio de Mary Mothersill y dos apéndices con fragmentos de Isenberg. Uno de estos últimos, referente a la filosofía analítica y el estudio del arte, consiste en algunas páginas de una monografía que, en 1950, el autor dedicara al tema. Es útil para aclarar la posición de Isenberg frente a algunas de las posibilidades del pensamiento contemporáneo y, en especial, a la manera cómo él entendía la exploración del arte por la filosofía actual. Este fragmento puede cumplir bien con la tarea de orientar al lector que no conoce a Isenberg, cosa que se propone también el ensayo introductorio de M. Mothersill, el cual, aunque sin duda útil, contiene demasiados asuntos diversos para sus pocas páginas. El apéndice B consiste de notas sueltas y de fragmentos de algunas cartas de Isenberg. Entre aquellas notas o aforismos encontramos algunos que son tan reveladores que

la particular disposición espiritual de Isenberg como las partes mejor logradas de sus ensayos: su inteligencia buscadora y paciente, su originalidad y horror de los lugares comunes, su ironía delicada. Véase, por ejemplo, el fragmento titulado "That boorish men are neither innocent nor simple", en las páginas 311-2, que ilustra bien lo anterior.

Los ensayos están repartidos, de acuerdo con sus temas, en tres secciones de alrededor de 100 páginas cada una. La primera parte, dedicada a la estética es, tal vez, la más ambiciosa teóricamente, y ello es así más que nada porque Isenberg aborda siempre los problemas estéticos en sus contextos filosóficos que los desbordan. Va seguida de una sección que lleva el título "Criticism"; algunos de los ensayos clasificados aquí podrían figurar igualmente en la parte primera. Esto es cierto en particular de "Pretentious as an aesthetic predicate" y de "superlatives", donde se examinan las funciones significativas y la legitimidad relativa del uso de superlativos en la lengua especial de la crítica de arte. "Cordelia Absent", en cambio, y "Some Problems of Interpretation" son buenos ejemplos de lo que debe llamarse crítica en vez de estética. La tercera parte, finalmente, "Ethics and Moral Psychology", se refiere a problemas claramente diferentes, a otro aspecto de los intereses de Isenberg. Esta diferencia entre la ética y la estética así como la manera como se conectan, entre otras formas, en la actividad de la crítica, es expresamente examinada por Isenberg en la conferencia titulada "Ethical and aesthetic criticism". "La doctrina estética ortodoxa dice que podemos disfrutar de los colores, las figuras y los sonidos por ellos mismos. La presente interpretación de la literatura moral como experiencia estética consiste en esta sola tesis: que la inteligencia moral, y no sólo el sentido del color o el sentido del oído, puede ser motivada por ciertos objetos a entrar en una especie de libre juego. Cuando sucede esto nos entregamos a la recepción de ideas morales. Como se trata de ideas *morales*, nuestra experiencia no resultará moralmente insípida y neutra, sino que conllevará un interés en algo más que ritmos y armonías fonéticas. Pero, por cuanto éstas no son más que *ideas* morales, nuestra experiencia abarcará algo menos que lo que haría falta para establecer la verdad moral. Esta posición intermedia entre el disfrute sensible y la deliberación ética caracteriza bien, en mi opinión, a la conciencia del público teatral común o del lector de poemas, que siente que sin lugar a dudas sus simpatías y antipatías están siendo comprometidas por la poesía, pero que no cree que esté siendo exigido a deliberar, elegir y actuar por ella". (pp.274)

Uno de los principales ensayos de la colección tanto por su tema como por sus conclusiones lleva el título "Perception, Meaning and the Subject Matter of Art". Está dedicado a la discusión del distingo entre el contenido y la forma de una obra de arte. Los planteamientos del autor no tienen la generalidad que pudiera parecer, sino que se orientan y desarrollan a propósito del caso especial de las artes plásticas, particularmente de la pintura. Sin embargo, la discusión y los resultados del ensayo son tan luminosos y sugerentes que se nos ofrecen como instructivos también a propósito de otras artes. Isenberg sostiene que una gran parte de aquello que llamamos el contenido de una obra no consiste en otra cosa que en el poder de su forma, entendida ésta como la particular combinación de los elementos sensibles de la obra. El contenido no es más que una clase de forma, un conjunto general de características de la forma. En las artes visuales la división de contenido y forma se origina a partir de una confusión. El llamado "arte representativo" toma prestadas las formas de la naturaleza sin la sustancia, y éste es por doquier el origen principal de la confusión. La crítica parece incapaz de concebir un término medio entre los objetos reales y las formas abstractas. Cuando ve que el espacio, el cuerpo, la realidad no están incluidos en la obra, se niega a conceder lo obvio, que ellos no hacen falta para lo que la obra ha de efectuar" (pp.50-51). La verdadera diferencia entre una obra de las llamadas formales y una representativa no reside en que una carece del contenido que la otra posee, sino en la familiaridad o la extrañeza de las formas de la una y la otra. Para las formas sensibles que reconozco inmediatamente porque me remiten a las de objetos naturales conocidos tengo presto un nombre, casa, lirio, con el que las designo. No es habitual que llame a los objetos naturales con el vocabulario de que se vale la crítica de arte formalista, pero nada me impide, en principio, hacerlo. Percibo formas que carecen, por de pronto, de nombre, que no pertenecen a lo conocido o inmediatamente clasificable. Pero en ambos casos por igual, respecto de lo familiar como de lo extraño, puedo hacer descripciones de lo que veo en términos de líneas, colores, figuras, etc. Todo lo visible es susceptible de ser descrito en el vocabulario formalista. Las reclamaciones de la estética formalista, por ende, en el sentido de que la pintura llamada abstracta o no representativa tiene la ventaja sobre la representativa de que nos enfrenta sin intermediarios con lo pictórico propiamente tal, es tan infundada como la defensa de la representativa en el nombre de las cosas que son sus temas.

Isenberg vuelve muchas veces sobre este problema. Los ensayos

“La función estética del lenguaje” (pp.70 ss.), “El problema de la creencia (belief)” (pp.87 ss.) y, en particular, el notable “Música e ideas” (pp.3 ss.), se refieren, de diversas maneras, a lo mismo. Más que un tema en el sentido angosto, éste de las “relaciones” entre contenido y forma es para el autor todo un campo de investigación y reflexión. Como hace a propósito de otros asuntos filosóficos, también aquí le parecen inadmisibles las fórmulas consabidas: todo aquello de que la forma y el contenido deben fundirse, cabalmente unirse, fusionarse, etc., o, directamente, la afirmación de que son inseparables, indiscriminables y otras por el estilo. Isenberg cree que detrás de estas frases hay una protesta oscurantista contra la investigación, la comparación y el análisis de formas diversas, (cf. p.47).

Este libro sutil e instructivo, que compensará con creces a quien lo estudie, no es siempre fácil de leer y de comprender. En parte las dificultades son intrínsecas al nivel de relativa complejidad en el que se mueve el pensamiento del autor, y a la cosa misma que se discute. Pero no cabe duda que otras dificultades proceden del discurso, de la manera de exponer y de argumentar de Isenberg. Su determinación de evitar las decisiones tajantes y anticipadas, y de mantener en pie las preguntas mientras no sea obvio que se han disipado los motivos que las suscitaron, contribuyen mucho a la fecundidad de la investigación y también a las perplejidades del lector.

Carla Cordua

La Filosofía della Storia della Filosofia, I Suoi Nuovi Aspetti, Scritti di E. Castelli, P. Filiassi Carcani, V. Verra, F. Bianco, G. Dorfles, L. Casini, A. del Noce, M. M. Olivetti, G. Vattimo, G. Derossi, D. Antiseri, A. Carsetti, S. Spera. (Archivio di Filosofia). Padova: Cedam — Casa editrice Dott. A. Milani, 1974, 340 pp.

Muchos programas académicos se ocupan actualmente de la filosofía como si fuera idéntica con la historia de la filosofía. Nos hemos acostumbrado tanto a esta identificación que ya casi no la vemos; su aceptación expresa o tácita supone, sin embargo, asignarle un carácter pretérito a la filosofía, que solía consistir en pensar las cosas y entenderse como ciencia. Cualesquiera que sean las razones por las cuales creemos que ya no se puede pensar filosóficamente, —porque nunca fue de verdad posible, o porque no lo es ahora, o

ahora aquí, etc. — es nada menos que esta renuncia la que, por lo general, está en la base de la asimilación de la filosofía y su historia. No han faltado del todo, sin embargo, quienes frente a esta “idea” de la filosofía se han dispuesto a someterla a examen crítico. Esta decisión de discutir las relaciones entre la filosofía y su historia es interesante en dos sentidos diversos. Primero: conviene, sin duda, discutir la convención académica mencionada, proveniente de ciertas formas de escepticismo y también de ciertos modos historicistas de pensar, abundantes ambos en el siglo pasado, y con prolongaciones influyentes que han pervivido hasta hoy. Esta discusión examinará si se justifica o no pensar que la filosofía posee el carácter de un fenómeno histórico-cultural pasado que, por haber dejado tras sí un conjunto de documentos escritos, es digno, como otros entes de la misma especie, de que se lo convierta en el objeto de estudio de una disciplina histórica especial, a saber, la “historia” de la filosofía. Segundo: el examen de la condición de la filosofía, necesario para resolver la pregunta acerca de su adecuado tratamiento académico, es una señal de vida actual que, de ser legítima filosóficamente y posible, mostraría que la filosofía es otra cosa que su pretérito. En efecto, si la filosofía se mostrara capaz de pensar y pensarse, ya no podríamos reservar su nombre para el objeto de una disciplina histórica, sino que tendríamos que dárselo, como antes se solía, a la actividad actual de conocer y de conocerse, que se convertirá en un objeto histórico sólo al cabo de su vida, pero no antes de ello.

El conjunto de problemas y de posibilidades o imposibilidades teóricas abarcadas por la situación recién descrita ha sido designado como “filosofía de la historia de la filosofía” y dentro de su ámbito se mueven los ensayos que componen este volumen. Hace ya veinte años que el *Archivio de Filosofia* del Centro Internacional de Estudios Humanísticos de la Universidad de Roma, que dirige el profesor Enrico Castelli, publicó un volumen de estudios de diferentes autores sobre la filosofía de la historia de la filosofía. Contenía trabajos de, entre otros, el propio Castelli, de Husserl, de Gouhier, de Guérault, de Wagner de Reyna. La editorial Vrin de Paris los editó posteriormente como libro. Hoy día, la misma revista romana dedica este volumen a las novedades que ha producido la continua reflexión sobre el tema. Algunos de los autores que contribuyen al volumen de 1974 habían escrito ya para la colección de 1954. Este es el caso de Castelli, por ejemplo, redactor de la actual introducción y de Augusto del Noce, que escribe aquí sobre “Teologia della secolarizzazione e filosofia”.

Nos llamó especialmente la atención el instructivo ensayo de

Leonardo Casini, "Sinistra hegeliana e storia della filosofia". Estudia dos escritos publicados en 1834 y 1842 respectivamente, y que se refieren, en parte al menos, a la concepción hegeliana de la historia de la filosofía. Uno de los escritos mentados es de H. Heine y se llama *Zur Geschichte der Religion und Philosophie in Deutschland*, y el otro, publicado anónimamente por B. Bauer, es *Posaune des jüngsten Gerichts über Hegel den Atheisten und Antichristen. Ein Ultimatum*. En ambas publicaciones está en discusión uno de los temas más virulentos del hegelianismo de todos los colores: el de las relaciones entre filosofía y religión, o, mejor dicho, el de las relaciones entre la filosofía occidental moderna y el cristianismo, que es el contenido histórico concreto a propósito del cual Hegel trata de pensar el problema filosófico de las relaciones entre filosofía y religión, en toda su universalidad. La discusión entera, tal como se desarrolla a mediados del siglo pasado, está plagada de malentendidos, de precipitación e ignorancia. Los discípulos, para empezar, cuyos intereses teóricos son mucho más débiles que los de Hegel, se vuelven rápidamente a la cuestión histórica inmediata y a menudo ni siquiera comprenden la diferencia de niveles entre la disputa y la determinación conceptual. Tanto Heine como Bauer entienden que la filosofía de Hegel es, en último término, enemiga del cristianismo y parte coherente y culminante de la tradición filosófica racionalista que comienza con Descartes. Del progreso y maduración de esta tradición esperan incalculables consecuencias prácticas y, en primer término, una profunda transformación de la cultura y la sociedad. Apoyan esta interpretación de Hegel, sobre todo, en las *Vorlesungen über die Geschichte der Philosophie*, donde el hegelianismo, heredero de la Reforma y de la revolución francesa, aparece como la última filosofía especulativa, después de la cual lo único que falta por hacer para acceder a la meta histórica definitiva es que todo el mundo se ponga manos a la obra. Posteriormente hemos podido apreciar la parcialidad de esta visión del pensamiento de Hegel. Una de sus características consiste en que, en el nombre de ciertos aspectos políticos de la teoría de la historia, procede a reducir todos los contenidos sistemáticos a la condición de momentos fugaces ya incorporados al pasado. Se convierte así en la caricatura de las "superaciones" de Hegel, de las que dependía su exaltación de la filosofía, y acaba, como no podía menos de ocurrir, en el anuncio del fin de la filosofía. Es así como el ensayo de Casini nos permite apreciar con gran claridad la manera como colaboran el escepticismo y el entusiasmo histórico en la tarea de sepultar a la filosofía.

Carla Cordua

GREGORY VLASTOS (ed.), *Plato, A Collection of Critical Essays. I: Metaphysics and Epistemology*. Garden City, N.Y.; Doubleday, 1970. 338pp.

Este práctico y barato volumen de la excelente serie *Modern Studies in Philosophy* reúne 13 trabajos de conocidos platonistas, algunos publicados ya en otra forma, otros obtenidos personalmente por el editor para esta antología.

Aparte del artículo *Platón* tomado del *Oxford Classical Dictionary* (escrito por R. Robinson y J. D. Denniston), que sirve de umbral al conjunto, y del trabajo ya clásico de H. F. Cherniss sobre la economía filosófica de la teoría de las ideas (1936), los demás ensayos tienen —cada cual con mayor o menor énfasis— el sello del interés actual por problemas de lógica y de semántica. La utilización de conceptos elaborados para enfrentar esos problemas permite en muchos casos reinterpretar con mayor éxito que en el pasado más de un pasaje o problema platónico.

Así, p.ej., el capítulo tomado del libro *Plato's Philosophy of Mathematics* de Anders Wedberg (Stockholm, Almqvist and Wicksell, 1955) consiste en una rigurosa formulación, con utilización muy simple de variables, de las principales aseveraciones cuya conjunción constituye la Teoría de las Formas. Dentro de este marco se puede expresar luego con gran claridad la antinomia fundamental de la teoría, la llamada antinomia de la auto-predicación, que surge a partir de los pasajes en que Platón predica de una idea la cualidad de la cual ella misma es la nominalización ("la belleza es bella"). La dificultad consiste en que la Idea sería un miembro más de la clase cuya extensión ella misma delimita como predicado y esto contradice obviamente otra proposición de la teoría que afirma que la Idea y las cosas son radicalmente heterogéneas (cf. *Rep.* V, 476 c-d). Como solución para esta aporía R. E. Allen ("Participation and predication in Plato's middle dialogues", 1960) propone interpretar las afirmaciones autopredicativas como aseveraciones de identidad y las afirmaciones atributivas (vgr. "este cuerpo es bello") como aseveraciones relacionales. De este modo se confirma la doctrina de la ejemplaridad y de los grados de realidad, tornándose inofensiva la famosa objeción denominada desde la antigüedad "el tercer hombre". Sobre este punto el propio Vlastos ha hecho importantes contribuciones, con todo prefirió incluir en la antología un trabajo de Colin Strang que formaliza en forma bastante convincente la *reductio ad absurdum* en que consiste la objeción. Es en cambio un artículo de 1969 sobre razones y causas en el *Fedón* lo que Vlastos incorpora como

contribución personal. En él disipa importantes malentendidos sobre el famoso pasaje metodológico y metafísico que precede al argumento final en pro de la inmortalidad del alma (*Fedón*, 95e — 105c). Junto con descartar que las Ideas aquí pueden ser a la vez causas finales, eficientes y formales (Zeller), expone con rigor y fuerza el sentido que tiene la distinción de Sócrates entre una causa “segura” pero “ignorante” (es decir, que no añade nueva información) y la causa “inteligente”, que representa una instancia de meditación platónica sobre la relación lógica de implicación. Al final del trabajo, Vlastos da un juicio ponderado sobre lo que cabe y lo que no cabe esperar del procedimiento platónico expuesto previamente cuando lo que interesa es el estudio de la naturaleza.

Los ensayos de Cross-Woozley y de R. Robinson corresponden a capítulos de sus respectivos libros *Plato's Republic: A Philosophical Commentary*, London, 1964 y *Plato's Earlier Dialectic*, 2ª ed., Oxford, 1953. Robinson entiende la referencia a las hipótesis de los matemáticos en los Libros VI y VII de la *República* como un reproche por tomar usualmente como puntos de partida absolutos para sus demostraciones premisas de cuya verdad no tienen garantía. Discute luego diferentes teorías sobre la marcha ascendente que va de las hipótesis al principio no hipotético y adopta una que la explica como idéntica a la expuesta en el *Fedón*, sólo que coronada por una pretensión de certeza absoluta.

Muy interesante es el conjunto formado por los cuatro últimos artículos de la colección. Todos están consagrados al estudio del *Sofista*, diálogo en torno al cual se ha librado una gigantomaquia desde 1945 hasta hoy debido a sus innumerables aporías lógicas y semánticas. En un primer artículo J. L. Ackrill expone una explicación del entretejimiento de las Formas según la cual éste consiste en la exclusión de un predicado por otro debido a sus respectivos significados. Esto evitaría la dificultad de que en “Teeteto vuela” — el ejemplo de Platón — hay sólo una Forma involucrada y no un entretejimiento mutuo de dos Formas como exige *Sof.* 259 e 4-6. La doctrina de Ackrill no ha alcanzado aceptación generalizada y ha sido seriamente objetada (cf. A.L. Peck, “Plato's Sophist: the symploké ton eidon”, *Phronesis* 7 (1962) 47-48).

El Sofista da pie a otra interrogante que ha despertado enorme interés: ¿distingue o no Platón expresamente entre el uso existencial y los usos predicativos del verbo “ser”? Ackrill, en un segundo artículo, se decide por la afirmativa haciendo uso de un argumento por sustitución. G. E. L. Owen, en un trabajo escrito especialmente para esta publicación, muestra su ingenio y brillantez argumentando

en sentido contrario: los problemas del *Sofista* son primariamente problemas de referencia y predicación que no requieren aislar un uso existencial de "ser". Esta tesis había sido sostenida ya por otros, pero en manos de Owen alcanza un despliegue que obliga a una revisión de la interpretación ortodoxa del *Sofista* representada sobre todo por el comentario de Cornford (*Plato's Theory of Knowledge*, London, 1935). Contra Owen hay que hacer valer que ciertos pasajes (p.ej. *Sof.* 243d-255e) difícilmente pueden ser entendidos sin traducir en algunos casos *einai* por "existir", pero la concentración en usos predicativos — por igual para "ser" y "no ser" — ciertamente permite captar mejor las intenciones de pasajes que hasta ahora parecían refutaciones inconcluyentes de teorías ontológicas (p.ej. *Sof.* 243e-249d cf. A. L. Peck, "Plato and the MEGISTA GENE of the Sophist", *Classical Quarterly* 46 (1952) p.39). La comprensión del sentido de la expresión "no ser" como "alteridad" soluciona por disolución el problema lógico que presentaba el status ontológico de las cosas sensibles dentro del pensamiento platónico: eran imágenes de las Ideas y por lo tanto sujetos que admitían a la vez la afirmación y la negación de un predicado. La solución del *Sofista* se extiende además a las Ideas pues también ellas admiten predicados que aparentemente violan el interdicto de Parménides. Cualquier Idea es (idéntica a sí misma) y *no es* (idéntica a las demás).

Al artículo final escrito especialmente para esta antología por David Wiggins (conocido por su interesante libro *Identity and Spacio-temporal Continuity*, Oxford, 1967) concentra la atención en el problema de la falsedad en el *Sofista* y concluye que la explicación que da Platón de la negación es inadecuada para sustentar su propia teoría del juicio falso.

Una bibliografía selecta orienta sobre otras obras de los autores y sobre artículos dispersos en diferentes revistas. Después de una primera lectura de los ensayos, el inapreciable *index locorum* permite utilizar el libro como comentario de pasajes platónicos. Sólo cabe lamentar tal vez el que se hayan reproducido nuevamente cuatro artículos que ya eran accesibles en R. E. Allen (ed.), *Studies in Plato's Metaphysics*, London, Routledge and Kegan Paul, 1965 (3ª imp. 1968), perdiéndose así espacio para otros menos conocidos o difícilmente asequibles para quienes no disfrutaban del uso de bibliotecas especializadas.

El ejemplar que tuve oportunidad de manejar mostraba lamentablemente muchos errores de impresión.

Alfonso Gómez-Lobo

FERNANDO MONTERO MOLINER. *El empirismo kantiano.* Valencia: Departamento de Historia de la Filosofía, Universidad de Valencia, 1973. 295pp.

Este libro interesantísimo toca todos los aspectos fundamentales de la filosofía teórica de Kant. Aunque probablemente sería turbador y tal vez hasta incomprensible para un principiante, merece ser estudiado con detenimiento por todos los interesados en el filósofo regiomontano. El título alude a un tema específico que es el alfa y el omega de la obra: el aporte positivo a la determinación del objeto del conocimiento que Kant no puede menos que atribuir a los datos sensoriales en toda su variedad y peculiaridad. ¿Cómo se integra el reconocimiento de este aporte en un sistema doctrinal que proclama que el entendimiento cognoscente dicta las leyes de la naturaleza conocida? Aunque Kant distingue ya desde la primera edición de la *Crítica de la razón pura* entre las leyes naturales generales que se conocen a priori y leyes naturales especiales que deben indagarse a posteriori, sólo en la *Crítica del Juicio* entra a considerar a fondo los problemas filosóficos que tal indagación suscita (un examen preliminar y provisorio del tema figura en el apéndice a la Dialéctica de la primera *Crítica*); pero hay motivos poderosos para pensar que la doctrina esbozada en este libro sutil no cabe en los límites de un criticismo estricto. Montero Moliner le dedica el capítulo XXI, “El juicio teleológico”. El capítulo XXII trata brevemente de “Lo empírico en la *Crítica de la razón práctica*”. Los veinte capítulos restantes (no cuento la Introducción ni las “conclusiones”) se refieren a la *Crítica de la razón pura*, y sobre todo a la Analítica. Montero Moliner aborda y comenta los pasajes más difíciles, prestando considerable atención al subjetivismo psicologizante que, a la luz de muchos de ellos, parecería que Kant, heredero de Descartes y Hume, nunca dejó de profesar. El interés (legítimamente inspirado por preocupaciones filosóficas actuales) en exhibir las insuficiencias de este subjetivismo moderno, lleva a nuestro autor a destacar sobre todo la descripción kantiana de la experiencia en términos de la polaridad sujeto-objeto (que, a ojos de Montero Moliner, apenas disimula la vieja contraposición metafísica del alma y las cosas), a expensas de su descripción en términos de materia y forma, que no se oponen, sino se compenetran. El matrimonio indisoluble de lo sensible y lo inteligible, aplaudido por la generación subsiguiente a Kant como el descubrimiento más importante del filósofo, es *esgrimido* contra él por Montero Moliner como una verdad evidente que Kant, dualista empedernido, no habría sabido percibir (p.127).

La influencia de la fenomenología contemporánea, sobre todo en la versión de Merleau-Ponty, que se advierte en este libro, explica en parte tal vez este enfoque del pensamiento kantiano que, desde otro punto de vista, pudiera parecer desconcertante. En la perspectiva fenomenológica, en efecto, resulta irresistiblemente tentador situar a Kant en el árbol genealógico de Husserl, como hijo de Hume y nieto de Descartes, y presumir en él el mentalismo que el propio autor de las *Meditaciones Cartesianas* no acabó de superar (acaso) hasta el fin de sus días. Pero, por otra parte, hay una enorme distancia entre esta familia de arqueólogos de la conciencia, buscadores de El Dorado de lo inmediato, y Kant, a quien nunca se le pasó por la mente dudar de la existencia del mundo exterior y que, al menos en su pensamiento maduro, da por descontadas las certezas básicas en que descansa la vida cotidiana de la civilización y, en particular de la ciencia, y se propone la tarea de discernir su estructura, no la de mitologizar su génesis.

Una apreciación cabal del libro de Montero Moliner demandaría un estudio mucho más largo que el que he podido hacer de él por el momento. Sirvan estas líneas para llamar la atención del lector y estimularlo a que lo lea, asimile sus valiosas enseñanzas y se forme un juicio crítico por su cuenta.

Roberto Torretti

OTROS LIBROS RECIENTES

MARVIN KOHL. *The morality of killing. Sanctity of life, abortion and euthanasia*, New York; Humanities Press, 1974. 112pp.

Midas entreated Silenus to teach him what is the Best of Life. Silenus is said to have replied: "The Best, o King, you have failed to attain: indeed it were to remain unborn. The Second Best however is within your easy grasp, namely, an early death". Professor Marvin Kohl of the State University of New York justifies in modern philosophical prose our right and duty to exercise philanthropy after Silenus' mind, by providing the best for our children, the second best for our parents. Like all philosophical arguments on substantial moral issues (as distinct from so called metaethical questions concerning the foundations and formal attributes of morality), Professor Kohl's work teems with 'sophistry and illusion,' usually surpassed however by the writers he is out to rebutt.

Engrossed in his defense of the sordid hedonism of contemporary city-dwellers against several familiar forms of bigotry and sentimentality, Professor Kohl fails to see that it is not up to us to pass judgment on the good of life but just to live it as it is godgiven to us (whatever this may mean).

Roberto Torretti

RODERICK M. CHISHOLM y ROBERT J. SWARTZ. *Empirical Knowledge. Readings from Contemporary Sources.* Englewood Cliffs: Prentice-Hall, 1973, X + 570pp.

La presente antología, adecuada como libro de texto para un curso de teoría del conocimiento, exhibe varias características que hacen de ella un modelo de su género. En primer lugar, está ordenada coherentemente en torno a un tema abarcable en un libro de este tamaño, el tratamiento en la filosofía del siglo XX del antiguo problema del criterio del conocimiento: para distinguir entre la verdad y el error necesito un criterio, mas para reconocer cuál es el criterio correcto, tengo que saber distinguir entre la verdad y el error. En segundo lugar, los editores sólo han incluido textos de alta calidad y considerable interés (entiéndase: para quien halle interesante el problema en cuestión). En tercer lugar, con sólo tres excepciones, los textos seleccionados son artículos reproducidos en su integridad (el más breve ocupa siete páginas, el más largo, setenta). Esas excepciones, por último, son largos trozos de libros (*Belief* de H. H. Price; *An Analysis of Knowledge and Valuation* de C. I. Lewis y *An Inquiry into meaning and truth* de Bertrand Russell), que se reproducen completos, sin esos recortes, marcados por puntos suspensivos, que hacen a tantas obras de esta clase inservibles para un estudio filosófico serio. Salvo tres ensayos, traducidos del alemán, el resto de las selecciones aparecen en su texto original (un privilegio que desafortunadamente no es tan fácil ejercer cuando se prepara una antología filosófica en español).

La antología está dividida en cinco partes, cada una de las cuales contiene cinco textos, excepto la tercera, que contiene cuatro. Ellas se refieren al escepticismo contemporáneo, el testimonio de los sentidos, la memoria, el conocimiento de nuestros propios estados mentales, y la cuestión de si el conocimiento empírico tiene o no un fundamento. Enumero a continuación los ensayos reproducidos íntegramente (entre paréntesis doy la fecha de publicación; los tres

ensayos alemanes aparecen, como se dijo, en inglés): Leonard Nelson, "Die Unmöglichkeit der Erkenntnistheorie" ("La imposibilidad de la teoría del conocimiento" — 1912); G.E. Moore, "Four forms of scepticism" (1959 — data de 1940/44); K. Lehrer, "Skepticism and conceptual change" (primera publicación); W.V. Quine, "Epistemology naturalized" (1971); W.W. Rozeboom, "Why do I know so much more than you do" (1967); N. Malcolm, "The verification argument" (1950); R. Firth, "The Anatomy of certainty" (1967); R. M. Chisholm, "On the nature of empirical evidence" (1970); A. Meinong, "Zur erkenntnistheoretischen Würdigung des Gedächtnisses" ("Hacia una evaluación gnoseológica de la memoria" — 1886); R. Brandt, "The epistemological status of memory beliefs" (1955); N. Malcolm, "A definition of factual memory" (1964); C. B. Martin y M. Deutscher, "Remembering" (1966); A. J. Ayer, "Basic propositions" (1950); H. Reichenbach, "Are phenomenal reports absolutely certain" (1952); N. Goodman, "Sense and certainty" (1972); C. I. Lewis, "The given element in empirical knowledge" (1952); W. Alston, "Varieties of privileged access" (1971); M. Schlick, "Ueber das Fundament der Erkenntnis" ("Sobre el fundamento del conocimiento" — 1934); R. Firth, "Coherence, certainty, and epistemic priority" (1964); W. Sellars, "Empiricism and the philosophy of mind" (1956) y A. Quinton, "The foundations of knowledge" (1966). El libro no tiene una bibliografía, ni un índice de conceptos y nombres, ni introducciones o notas explicativas, fuera de una breve presentación general (pp.VII - X).

R.T.

MICHAEL AUDI. *The interpretation of quantum mechanics.* Chicago: The University of Chicago Press, 1973. XIV + 200.

El autor presenta una doble tesis filosófica sobre la mecánica cuántica, a saber, 1) que ella es una teoría esencialmente indeterminista que se refiere a procesos físicos no cabalmente determinados y 2) que si su indeterminismo se acepta de veras, todos los problemas filosóficos que suscita su interpretación se tornan solubles. Según Audi, la fuente de tales problemas, la aparente incompatibilidad conceptual entre la teoría cuántica y la física clásica, es ilusoria. Argumenta para probar que los términos decisivos comunes a estas teorías tienen el mismo significado en ambas y determinan una interpretación unitaria de los objetos materiales como partículas y de la radiación electromagnética como perturbación ondulatoria de un

campo. Después de exponer la interpretación llamada de Copenhague, Audi la defiende contra los críticos que pretenden destruirla atacando opiniones filosóficas (positivistas, operacionalistas, subjetivistas) asociadas a ella, pero no indispensables para su supervivencia. Pasa luego a atacarla en su núcleo mismo, alegando que es contradictoria o trivial ("es contradictorio sostener que la mecánica clásica es un caso límite especial de la mecánica cuántica . . . y a la vez pretender que diversos términos clave comunes a ambas teorías tienen en cada una un significado diferente" — p.120). Explica enseguida su tesis sobre el carácter indeterminista de la mecánica cuántica, critica las teorías de las variables ocultas (con especial referencia a David Bohm), comenta y descarta los intentos de eludir los supuestos escollos de la mecánica cuántica mediante una reforma de la lógica, y ofrece una defensa de las interpretaciones que reconocen la realidad de las partículas materiales (Born, Landé). El capítulo final se refiere brevemente a la teoría cuántica de campos. El libro termina con una breve y útil nota bibliográfica (crítica). La prosa de Audi es clara, concisa y mucho más legible que la de la mayoría de los epistemólogos norteamericanos (algunos de los cuales parecería que hubieran tomado lecciones de estilística con Adolf Grünbaum). Soy demasiado ignorante para aventurar un juicio sobre la verdad y originalidad de las tesis de Audi, pero creo reconocer en su manera de presentarlas los signos inconfundibles de una inteligencia vigorosa, de cuya actividad filosófica cabe esperar valiosos esclarecimientos. Me ha sorprendido, eso sí, la violencia con que Audi censura los ataques de Bunge contra la escuela de Copenhague (inmediatamente antes de atacarla él mismo); me ha sorprendido, digo, porque Bunge ha defendido desde hace años una interpretación de la teoría cuántica básicamente afín a la propuesta por Audi.

R.T.

RICHARD SWINBURNE (ed). *The Justification of Induction*. Oxford University Press, 1974. 181p.

ALAN RYAN (ed). *The Philosophy of Social Explanation*. Oxford University Press, 1973. 228p.

Estas dos nuevas adiciones a la serie Oxford Readings in Philosophy corroboran nuestra opinión de que ella es tal vez el instrumento más versátil de que hoy dispone el profesor que desea apoyar sus clases en publicaciones recientes. Es una lástima que no

haya una serie similar en francés o alemán, pues ésta, como hemos señalado otras veces, se mantiene casi exclusivamente circunscrita (en los dos casos presentes ni siquiera se aplica el *casi*) a los autores de lengua inglesa.

El libro editado por Swinburne ofrece los materiales para una unidad didáctica completa sobre el problema de la justificación de la inducción. A un breve pasaje de *Los Problemas de la Filosofía* (1912) de Bertrand Russell siguen artículos publicados entre 1949 y 1968 por Paul Edwards, Wesley C. Salmon, Stephen Barker, Henry E. Kyburg Jr., J. O. Urmson, John W. Lenz, Max Black y Peter Achinstein (la polémica sobre los argumentos inductivos que se respaldan a sí mismos), Keith Campbell y Nicholas Maxwell, y un capítulo de *Scientific Explanation* (1953) de R. B. Braithwaite. El editor, que publicó hace poco un libro de texto sobre el tema (Richard Swinburne *An Introduction to Confirmation Theory*, London: Methuen, 1973), ha escrito una valiosa introducción.

El libro editado por Ryan cubre un campo más amplio y complicado, y es, por ello, menos homogéneo y más incompleto. Podría usárselo, empero, en un curso general de filosofía de las ciencias, para complementar alguna de las antologías mayores (la familiar de Feigl y Brodbeck, por ejemplo, o la reciente de Baruch Brody), muy cargadas siempre a los problemas de la ciencia natural. De los doce ensayos que el libro reproduce, dos aparecieron en 1952 y 1955, tres entre 1961 y 1964, los siete restantes entre 1967 y 1971. Después de un ensayo de A. MacIntyre sobre "la idea de una ciencia social" (crítica al libro así titulado de Peter Winch), y uno de Martin Hollis sobre el problema epistemológico de la interpretación de culturas extrañas ("Reason and Ritual") siguen dos artículos sobre el funcionalismo, de George C. Homans y R. P. Dore, tres sobre el individualismo metodológico de J. W. N. Watkins, M. Mandelbaum y S. Lukes (habiendo estudiado hace dos años la literatura existente a la sazón sobre este tema, quiero señalar que esta selección me parece óptima), uno de E. Nagel sobre presuposiciones de la teoría económica, uno de Charles Taylor sobre la neutralidad en la ciencia política y otro de A. MacIntyre sobre la posibilidad de una ciencia política comparativa, uno de Runciman ("¿Qué es el estructuralismo?") y uno de Alfred Schutz ("Problemas de la Sociología interpretativa").

Como todos los libros de esta serie, los dos que comentamos traen una bibliografía selecta (la de Swinburne, anotada).

R.T.

J. N. FINDLAY. *Plato. The written and unwritten doctrines.* New York: Humanities Press, 1974. XIV + 484pp.

En este libro imponente, el autor da expresión, con su conocida elocuencia, a lo que él describe como “un conjunto de convicciones que se formaron en mí en 1926-7, durante un período de ocio que pasé en Oxford” (p.IX). Estas convicciones son, en sus palabras: 1) “Que los diálogos platónicos no son, por sí mismos, el tipo de obras en que pudieran explicarse claramente las opiniones de nadie sobre ningún asunto: apuntan más allá de ellos y sin ir más allá de ellos no se les puede entender. Las más profundas percepciones de Platón están, por cierto, allí presentes, pero, como Glauco, el dios marino, hay que liberarlas de una abundante incrustación de conchas de mar y reflejos manierísticos, y de numerosos disfraces deliberados, literarios, históricos, polémicos, etc.” La secuencia histórica de los diálogos no documenta el desarrollo de la filosofía platónica sino “la disposición, siempre cambiante, del filósofo, a divulgar partes de un programa profundo, largo tiempo sostenido, oscuro en su meta y en su método, frente al cual adoptaba actitudes, en constante variación, de confianza y crítica, de apasionada defensa y retirada sin esperanza”. 2) Que *algunas* de las sistematizaciones del platonismo por Amonio y Plotino, en particular la doctrina de las tres hipóstasis, presentan el resultado a que tiene que llegar casi cualquiera persona con olfato hermenéutico, si lee con cierto cuidado los principales pasajes especulativos de los diálogos y las epístolas. 3) Que el testimonio de Aristóteles sobre el intento platónico de dar una interpretación puramente numérica a las formas proporciona la documentación más preciosa que poseemos acerca de “lo que Platón de veras pensaba”, que ese testimonio admite una dilucidación clara una vez que uno se abre paso resueltamente a través de la maraña de la incomprensión aristotélica, que sólo él ofrece la clave del “sostenido *drame à clef* de los Diálogos” y que proporciona además una concepción iluminadora y plausible de la experiencia y de la existencia. 4) Que es “increíblemente errado tratar el platonismo como una forma de dualismo que envuelva la postulación de un *segundo* mundo de sentidos separados contrapuesto al mundo sólido de las cosas particulares”, puesto que si hubo algo en que Platón no creía, fue en la realidad genuina de las cosas particulares: “Las naturalezas eternas pueden según él ejemplificarse mudable e inadecuadamente, pero no hay nada sustancial, nada ónticamente óntico en tales ejemplificaciones”.

Después de una introducción histórica y biográfica, el libro

ofrece “un bosquejo general de la teoría eidética y su versión aritmetizada”. Prosigue estudiando sucesivamente los diálogos socráticos, los “diálogos ideológicos” (*Menón, Fedón, Simposio, Fedro* y *República*), los “diálogos estoiqueológicos” (*Crátilo, Teeteto, Parménides, Sofista, Político* y *Filebo*) y la “filosofía de lo concreto de Platón” (expuesta en *Timeo, Critias, Leyes* y *Epinomis*). El capítulo final ofrece una apreciación del platonismo y su influencia. Siguen dos apéndices: el segundo es una nota crítica sobre las opiniones de H. F. Cherniss; el primero una versión inglesa de los principales pasajes de Aristóteles y sus comentaristas griegos sobre las doctrinas no escritas de Platón. Findlay dice haberse basado en la selección de Gaiser y haber puesto especial cuidado en la traducción, “avoiding, as far as possible, the un-English abracadabra of many Aristotle translations”.

R.T.

WOLFGANG DETEL, *Platons Beschreibung des falschen Satzes im Theätet und Sophistes*, Göttingen: Vandenhoeck und Ruprecht (Hypomnemata Heft 36), 1972, 114pp.

Disertación presentada en 1969 a la Universidad de Mannheim que continúa la línea abierta por M. Frede en la misma serie (*Prädikation und Existenzaussage*, Göttingen: Vandenhoeck und Ruprecht, Hypomnemata Heft 18, 1967). Se discute la literatura reciente en lengua inglesa. Praus, Kamlah, Lorenz/Mittelstrass son los más importantes interlocutores alemanes. Según el autor las descripciones de la oración falsa en ambos diálogos coinciden y derrotan las objeciones sofísticas aducidas contra la existencia de juicios falsos. La oración falsa se refiere a un estado-de-cosas que es otro que cualquiera de los estados-de-cosas que tienen el mismo sujeto y que efectivamente se dan. El concepto de “otridad”, desarrollado extensamente en el *Sofista*, es por consiguiente el que provee la solución.

A.G-L.

ARISTOTLE. *Metaphysics Books Gamma, Delta and Epsilon*, translated with notes by Christopher Kirwan, Oxford: Clarendon Press (Clarendon Aristotle Series), 1971, vi + 206pp.

Traducción muy literal del texto establecido por Jaeger (Oxford, 1957), que forma parte de la excelente serie iniciada por J. L. Austin y continuada luego por J. L. Ackrill. El comentario está escrito con ánimo deportivo: casi no se consultan otros comentarios salvo Alejandro de Afrodisias y Ross. Ocasionalmente se discute algún trabajo reciente sobre un punto en particular. Se ofrecen sin embargo ingeniosas y novedosísimas alternativas para interpretar textos mil veces vertidos y comentados. Especialmente valiosos son los comentarios a los capítulos de *Gamma* que se ocupan del principio de contradicción.

A.G-L

HUSSERL. Herausgegeben von Herman Noack (Wege der Forschung, XL). Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1973. X + 340pp.

Este volumen reúne quince ensayos importantes sobre la filosofía de Husserl aparecidos originalmente entre 1901 y 1954, muchos de ellos en revistas que, en América al menos, normalmente no se hallan en las bibliotecas públicas. Cinco de los ensayos han sido vertidos al alemán del francés, uno del inglés. El lector no alemán preferiría, claro está, que siguiendo el ejemplo de otros tomos de esta colección, se los hubiera reproducido en el original. Distinto es el caso del ensayo de Ludwig Landgrebe ¿“Es la fenomenología de Husserl una filosofía trascendental?””, aparecido en 1954 en una revista francesa en traducción, que aquí se imprime en el original. Se han incluido las reseñas de Paul Natorp sobre los *Prolegómenos a una lógica pura* y las *Ideas*, de Roman Ingarden sobre la *Lógica formal y trascendental*, de Helmut Kuhn sobre las *Méditations Cartésiennes*, y de Aron Guarwitsch sobre el libro de Gaston Berger, *Le cogito dans la philosophie de Husserl*. Los nueve ensayos restantes son los siguientes (traduzco los títulos al español; cito entre paréntesis el año de publicación): W. Schuppe, “Sobre el psicologismo y el carácter normativo de la lógica” (1901); E. Stein, “La fenomenología de Husserl y la filosofía de Santo Tomás de Aquino” (1929); E. Levinas, “Sobre las Ideas de Edmund Husserl” (1929); O. Becker, “La filosofía de Edmund Husserl” (1930); A. De Walehens, “Descartes y el pensamiento fenomenológico” (1938); G. Berger, “Husserl y Hume” (1939); P. Ricoeur, “Husserl y el sentido de la historia” (1949); H. L. van Breda, “Husserl y el problema de la libertad” (1949); W. Biemel, “El artículo de Husserl en la *Encyclopaedia*

Britannica y las anotaciones de Heidegger” (1950). Falta, como puede verse, el famoso ensayo de Eugen Fink “La filosofía de Edmund Husserl en la crítica actual” (1933), pero éste es fácilmente accesible ahora en el tomo de Fink, *Studien zur Phänomenologie 1930-1939* (Den Haag: Nijhoff, 1966). El libro tiene un índice de nombres, seis páginas de notas biobibliográficas sobre los autores y una breve pero excelente bibliografía, con una lista escogida de publicaciones sobre Husserl anteriores a 1954.

R.T.